



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LA CANCION DEL RETORNO

Mortimer
Cody

PRIMO
MURRAY



TERRA



© MORTIMER CODY
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto PINTO
(Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero

I. S. B. N. 84-06-02257-4
Depósito legal: M. 40.960— 1979
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

LA CANCION DEL RETORNO

Mortimer Cody

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

LA doctora Magnolia Wolcott, conduciendo su diminuto automóvil monoplace, había penetrado ya en el recinto del «Centro de Readaptación».

El lugar, en las afueras de Oneonta, estado de New York, parecía, a veces, una gigantesca pintura, un enorme cuadro. Sólo cuando soplaban un poco el viento, como aquella mañana, el cuadro se mostraba al natural, ya que se agitaban las hojas de los árboles, caía alguna hoja de flor; un jardín perfecto, un lugar perfecto.

La rampa conducía a la cima de la suave colina verde. En la cima, estaba aquel edificio de dos alas, separadas por una entrada central. Una de las alas, a la izquierda, era enorme; un gran bloque de elegante funcionalidad, donde el cristal lanzaba destellos al sol de aquella tibia mañana de primavera.

La segunda ala, era más reducida; del mismo tono funcional que la primera, como una hermosa gemela, pero más pequeña; en la segunda se llevaba la administración del «Centro de Readaptación».

Todo, en el «Centro», estaba sacrificado a la más absoluta funcionalidad.

La doctora Wolcott, condujo el monoplace al parking, que ocupaba un reducido espacio, y donde se veían casi un centenar de autos parecidos al de la doctora. Luego, esta, a pie, se encaminó hacia la entrada central. Fue recibida por un control electrónico, y sonó una voz a través de los micrófonos instalados en la entrada:

—Doctora Wolcott, los Kenmore la están esperando en su despacho.

La doctora Wolcott pasó por una puerta, que conducía a los vestuarios, esterilizados; se puso su bata blanca, y un ascensor la condujo a la primera planta de la nave de Readaptación. Poco después, entraba en su despacho, muy amplio, todo luz, donde había un escritorio, sillas metálicas, un armario archivo...

Allí estaban los Kenmore, sentados. Ambos se pusieron en pie al entrar la doctora Wolcott, que sonrió, e hizo un gesto de disculpa. Dijo:

—Siento haberme retrasado. Por favor, sigan sentados.

Silenciosos, los Kenmore se sentaron de nuevo, sin apartar la mirada de la doctora Wolcott, la cual, a su vez, había ocupado su puesto tras el escritorio, y miraba el «dossier» que tenía sobre la mesa. Abrió la carpeta, y durante cinco minutos estuvo leyendo los papeles que había en el

interior.

Los Kenmore seguían observándola; de vez en cuando, cambiaban alguna mirada entre ellos. Parecían un tanto inquietos. De todos modos, algo les intranquilizaba: la luminosidad del rostro de la doctora Wolcott.

Luminosidad es la palabra justa; un rostro esclarecido, unos grandes ojos claros; una belleza un tanto fría de líneas, pero la expresividad de la boca, de los ojos, anulaba cualquier viso de frialdad. La doctora era joven, alta, esbelta, con las formas escasamente pronunciadas; cabello claro, corto. Su frente era amplia, alta, tersa.

—Magnífico... —dijo la doctora, mirándoles, acentuando su sonrisa—. Magnífico en verdad. Sus progresos, según consta en esta documentación, son notabilísimos. Les felicito.

A pesar de la buena noticia, Adam Kenmore hizo un gesto de mal humor.

—¿Cuándo salimos, entonces? —inquirió.

—No debe tener prisa, señor Kenmore —dijo, afable, la doctora— Sus progresos, por ahora, se refieren al proceso seguido en la primera fase de Readaptación. Quedan una segunda fase... y una tercera. Pero en estas últimas fases citadas se evoluciona con mayor rapidez.

Adam Kenmore frunció el negro ceño. Podía tener unos treinta y ocho años, quizás alguno menos. Era casi bajo, pero fuerte; moreno, con barba muy cerrada; ojos negros, con un extraño brillo. Vestía un sencillo traje azul, camisa negra, y una extraña corbata amarilla, cuyo mérito era achacable a su esposa, que la había confeccionado por sí misma, a petición de Kenmore.

En cuanto a Nora Kenmore, era... la antítesis de la doctora. Nora Kenmore era una mujer... rotunda. Exacto: rotunda. Un busto muy notable; caderas apretadas por una estrecha falda muy corta; cabellos rojos, ojos grises...

—¿No podría ser más explícita, doctora? —inquirió Kenmore—. Me refiero al tiempo que aún deberemos permanecer en observación y tratamiento.

—No es posible, señor Kenmore. En realidad, depende de ustedes. Abajo, en la primera fase, han estado... —miró los papeles—, cinco meses. Otras personas han necesitado el doble de tiempo... Si superan con tanta facilidad las dos fases restantes, serán dados de alta en breve. No sé... pongamos otros cuatro o cinco meses.

—Es mucho tiempo...

—¿Tienen prisa por algo? —inquirió la doctora.

Adam Kenmore la miró, frunciendo de nuevo el ceño; no obstante, lo fue desarrugando, hasta conseguir incluso una sonrisa en su rostro un tanto abotargado.

—Lo deprisa debe ser una tontería por mí parte... —dijo Kenmore—.

Verdaderamente, el asombro no se cura con tanta facilidad. ASOMBRO. Se supone que a otras personas les ocurre como a nosotros.

—Es lógico —sonrió la doctora—. Pero aprenderán a superarlo, y a ver las cosas con naturalidad.

—Eso esperamos... ¿Dónde se realiza la segunda fase de Readaptación?

—Aquí mismo. En esta sala. Dispondrán de una habitación, y recibirán las instrucciones precisas. Nuestro contacto, en tanto dura la segunda fase, será casi permanente, señor Kenmore.

—Excelente... Por otra parte...

—Perdone —cortó la doctora.

Había zumbado el timbre de «fonovisor». La doctora tomó el auricular, mirando hacia la pantallita del aparato, donde se veía el rostro de un hombre.

—Diga, doctor Abinger —pidió la doctora.

—¿Puede bajar, Magnolia? Se trata de Jonathan Tilling. —¿Algo va mal en el proceso? —inquirió la doctora Wolcott.

—No, no. Todo lo contrario, pero considero conveniente cambiar impresiones con usted.

De acuerdo, doctor. Por cierto: la familia Jonathan Tilling está instalada en Oneonta, en espera de los resultados de la primera fase. Podremos darles buenas noticias, por lo que veo.

—En efecto. La espero, Magnolia.

—Hasta ahora.

La doctora Wolcott colgó el auricular, cuando el rostro del doctor Abinger había desaparecido de la pantallita del «fonovisor». Luego, miró a Adam Kenmore, y pestañeó ante la extraña expresión de aquel hombre; una expresión... casi de ferocidad. Miró a Nora, sin notar en esta el menor síntoma de agitación; Nora era una mujer sumisa; extrañamente sumisa; como acobardada, incluso...

—¿Le ocurre algo, señor Kenmore? —inquirió la doctora.

Adam Kenmore apretó los labios; pareció reaccionar, y musitó:

—Nada... Nada, doctora.

—Me pareció que experimentaba alguna reacción negativa...

La doctora pulsó un timbre, y apenas quince segundos más tarde aparecía una enfermera bastante joven.

—Buenos días, doctora.

—Buenos días, Patricia. Instale a los señores Kenmore en la habitación 17. Dentro de una hora les veré allí.

Patricia miró a los Kenmore, sonriente.

—¿Son tan amables de seguirme? —inquirió.

Ya en el pasillo, Adam Kenmore, hosco, miraba... parecía que no con mucho agrado, la delgada silueta de Patricia, casi sin caderas; con unas piernas delgaditas... Un brusco contraste con Nora, también.

Patricia, por fin, abrió la puerta de una habitación. Había mucha claridad, y una vista total. No se veían camas, ni mobiliario auxiliar, como no fuesen dos bonitos sillones de ligera estructura, y una mesita redonda, de altura adaptable.

—¿Aquí? —gruñó Kenmore—. ¿Y hemos de dormir en el suelo?

—Por favor... —sonrió, amable, Patricia—. Las camas están empotradas. Vea este resorte...

Patricia apretó el resorte y, con toda suavidad, el complejo de dos camas separadas por una mesita de noche, fue descendiendo. La enfermera mostró también un «closet», y los servicios de la habitación. Todo de cristal, con vistas al exterior, al jardín.

Kenmore, con una sonrisa torcida, mirando con sarcasmo a la enfermera, dijo: —Vaya... Hum... Oiga, diga: ¿estamos solos en esta ala del edificio, acaso?

—No.

—No he visto a nadie.

—Es lógico; procuramos evitarlo.

—¿Por qué razón? —inquirió Adam.

—Bueno... espero que no les sea difícil comprender. Ustedes ya conocen la primera fase. La segunda, aquí, tiene un objetivo muy concreto, que ha de realizarse sin trabas, sin obstáculos psicológicos de ninguna clase. Esta segunda fase se caracteriza por su fin; encontrarse a sí mismos; buscarse a ustedes mismos. Naturalmente nosotros estamos para ayudarles.

Entiendo. ¿Está segura de que nadie nos ve desde el exterior?

—Por completo —sonrió Patricia—. Ustedes gozan durante todo el día de vistas, de sol... y sin molestias. Voy a buscar un equipo para cada uno de ustedes.

La enfermera abandonó aquella habitación.

Kenmore se acercó a la pared de cristal, mirando hacia el jardín.

Nora, silenciosa, sumisa, se colocó junto a él.

—Adam...

—¿Qué?

—Antes, en el despacho de la doctora Wolcott, tenías una expresión muy rara... Como... como antes... Como cuando...

—¡Cierra el pico! —masculló Kenmore.

Nora pareció encogerse, y quedó silenciosa.

* * *

Del jardín ya solo se veían unas luces de orientación, en plena noche. Por supuesto, Adam Kenmore se había cerciorado, con aquel interminable asombro, que era cierto: desde el exterior no era posible ver las interioridades de aquella habitación, ni de ninguna otra.

Las camas estaban ya preparadas, y Nora, en camisón, miraba, suplicante, a su esposo.

Este, frente a Nora, apretaba los labios, y los puños; avanzaba agresivamente el mentón.

—Harás lo que yo te ordene, ¿comprendido? —masculló Adam Kenmore.

—Adam... ¿qué te propones? —casi sollozó Nora—. Este... este es el momento de vivir de otro modo... ¿Cómo te lo explicaría? En el fondo, no somos nosotros... ¿Por qué no olvidas?

—¡Porque no quiero! Ni puedo... Tengo ya mis proyectos. He estado pensando mucho esta tarde. No creo que sea en exceso difícil, pero te necesito, de momento. O así lo creo. Por tanto, sin más discusiones, me obedecerás. Como antes, como siempre... Harás bien en recordar lo que fuiste, lo que eres, y lo que vas a ser, Nora. ¿De acuerdo?

—No... No, no. Yo no quiero seguir...

—¿Cómo dices? —gruñó Adam Kenmore, cortando a su esposa.

Además, la había atrapado por los cabellos con ambas manos, y tiraba, acercando el rostro de la asustada Nora a su pecho, amplio, fuerte, que el pijama, un poco abierto, descubría, con aquella porción velluda. El fuerte tirón de cabellos estaba llenando de lágrimas los ojos de Nora. El miedo hizo su aparición en las pupilas de ella.

—Me obedecerás, Nora, ¿verdad? —rezongó Kenmore.

—Para... para esto, nada de lo que ha ocurrido valía la pena... —dijo con temblorosa voz, Nora—. Para seguir igual, ¿qué es lo que hemos conseguido...?

—No eres más que un cuerpo vacío... Deja que, como antes, sea yo quien piense, quien decida. Y esta noche tenemos algo que hacer. Me ayudarás; solo te voy a pedir una cosa: que vigiles para que nadie me sorprenda. ¿Te resulta eso tan difícil?

—Suelta... Suelta, Adam, te lo ruego...

Kenmore la soltó lentamente; las lágrimas resbalaban por los pómulos de Nora, que se encogió, sentada en el lecho.

Sólo eso: vigilar para evitar que me sorprendan. Y no te preocupes de más —dijo Kenmore.

Antes de que Nora pudiera pronunciar una palabra más, se oyó la llamada en la puerta del cuarto; la puerta era opaca, así que Kenmore fue a abrir. Era la enfermera, Patricia, que llegaba con una especie de bandeja metálica, sobre la que había unos objetos que hicieron resoplar a Kenmore.

—¿Aquí también esas inyecciones? —gruñó Kenmore.

—De momento, es la orden: hay que proseguir el tratamiento.

—Está bien...

—Vaya a la cama, señor Kenmore.

Kenmore, con gesto contrariado, agrio, decidió obedecer. Miró a Nora,

y descubrió que Patricia también la estaba escrutando. Nora había intentado enjugarse las lágrimas, borrar las huellas del llanto, pero tenía los ojos un poco enrojecidos; estaba algo pálida, además.

—¿Tiene algún problema, señora Kenmore? —inquirió Patricia.

—No... No, no... —dijo, con voz fallida, Nora.

Patricia miró también a Kenmore; a Nora de nuevo.

—Está obligada a comunicar cuanto le ocurra, señora Kenmore. Es mi deber recordárselo —dijo Patricia.

—No es nada, de veras... No sé; recordaba algunas cosas...

—Está bien. Pero no olvide lo que le he dicho. Acuéstese, y cierre los ojos. Relájese. Voy a aplicarle una microinyección intracraneal. Ya sabe: virus sintéticos, inofensivos, claro está, que aumentarán su propia memoria... Virus informados con aminoácidos. También Kenmore se había acostado; sudaba. Aquellas malditas inyecciones... Había que admitir, sin embargo, que resultaban indoloras. Era extraordinario...

Por lo demás, tenía que seguir pensando en sus proyectos. Sus ideas eran claras...

CAPÍTULO 2

POR supuesto, Nora no le había dicho una sola palabra a la doctora Wolcott. Allí estaba Adam Kenmore, para impedirlo. A Kenmore le bastaba mirar a su esposa con aquella chispa maligna en sus pupilas, y ella se convertía en gelatina temblorosa, anulada su voluntad, su escasa fuerza.

En cuanto a Kenmore, había pasado el día madurando sus proyectos. Sería aquella misma noche, alrededor de las once, una hora después de que Patricia les aplicara la microinyección. Para entonces, una hora después de la inyección, volvían a encontrarse perfectamente.

Y había llegado el momento.

Kenmore había salido del lecho, y miró a Nora, que estaba mirándole, a su vez, atemorizada.

—Es la hora. Vístete, Nora —dijo Kenmore.

La destapó, y la puso en pie a tirones. Nora, como siempre, temblaba. Anulada su voluntad, tuvo que obedecer a Kenmore. Se quitó el camisón, y se puso el ligero suéter de fibra y aquella estrecha falda; muy estrecha y muy corta. Kenmore se ponía el traje azul, con la camisa negra, optó por prescindir de la corbata amarilla. Una vez estuvo listo, miró a

Nora; esperó a que terminara ella, para agarrarla de un brazo, y acercarla a la puerta.

—Sólo tienes que avisarme si se acerca alguien —dijo Kenmore—. No es difícil. Además, tenemos mil excusas... Presta atención; es lo único que tienes que hacer. Salgamos ahora.

Nora, desfallecida, tenía que seguir a aquel hombre. La verdad es que Nora ignoraba los propósitos de Adam, pero conocía bien; le conocía muy bien. Y aquello era volver a lo de antes, a lo de siempre... Nora ignoraba incluso por dónde estaba caminando; ella solo tenía una misión: seguir a aquel hombre, que estaba descendiendo por unas escaleras, tras haber atravesado un pasillo colgante que unía las dos alas del «Centro».

Nora, por fin, notó que Adam se detenía. Se volvió hacia ella, y dijo:

—No te muevas de aquí... Parece que no hay nadie, pero no sé exactamente qué hace el personal de esta sección. Estaré ahí abajo... ¿Ves?

—Sí... ¿Qué es?

—Son oficinas de la administración del «Centro». Si oyes algo, corre a avisarme. No te echas a temblar ahora... ¡Esto no es nada... aún! ¿De acuerdo?

Y Kenmore reía de un modo extraño, alejándose, para bajar a las oficinas.

Durante los quince minutos que duró la ausencia de Kenmore, Nora oyó mil ruidos imaginarios, vio mil sombras que solo existían en su imaginación. Estaba a punto de desvanecerse, cuando vio a Adam. Este llegaba con algo que podía interpretarse como una sonrisa de triunfo. Incluso se mostró cariñoso, amable, con Nora:

—Vamos, querida —musitó—. Ha salido bien... Creo que he tenido una suerte como nunca en mi vida...

—¿Qué... qué has hecho...? —susurró Nora.

—Nada, ya te explicaré. Haremos más cosas. Todo irá bien, ya verás. Es algo increíble...

¿Cómo es posible que esto pueda ocurrir, después de sesenta y cinco años?

Nora gimió.

Parecía volar junto a Adam Kenmore.

* * *

Era una bonita casa, bastante antigua, situada en Madison Ave, en un ángulo de Memorial Park, en Oneonta. Constaba de planta y piso. Tenía una torreta de cúpula puntiaguda, y, a un lado, la chimenea del salón. Estaba rodeada de jardín, y se veía luz en una ventana del piso, y en el ventanal del salón de la planta.

El abuelo, el señor Norbert Tilling, necesitaba calor, y de ahí que aunque la noche resultase amable, crepitaran unos leños en el hogar.

Junto a él, estaba *miss* Olivia Tilling, una mujer joven, delgada, rubia, con los ojos claros, de semblante amable, de expresión inteligente.

—De una vez, Olivia: ¿qué te dijo la doctora Wolcott sobre Jonathan? —inquirió el señor

Tilling.

—No seas pesado, abuelo. Todo marcha bien; todo sigue su proceso normal.

—Pero hemos de permanecer aquí algún tiempo, ¿verdad?

—Desde luego. Unos cuatro meses. Aquí estamos mejor que en New York. La espera es más reposada... Además, estamos cerca de mí padre, por si ocurre algo imprevisto. —Verás, Olivia... Cuatro meses, a mis años, ciento cinco ya, son todo un futuro... No sé si los viviré. Y no quisiera perdérmelo...

Olivia sonrió con dulzura.

—No te lo perderás, no pienses en eso. Estoy segura de que todo marchará magníficamente. Abuelo... es mejor que olvides, de momento, todo esto. Te excitas demasiado. ¿Has practicado hoy tu sesión de musicoterapia?

—Olivia, no seas tirana. Hay cosas a las que difícilmente se adapta un

viejo con más de un siglo a cuestas... Déjame con mis cosas, ¿de acuerdo?

—Como quieras... Ahora, deberías ir a descansar.

—Está bien, está bien... ¿Dónde está Isabella?

—Arriba, preparando tu cuarto. Cuando baje, le ordenaré que te ayude a acostarte.

—Puedo hacerlo solo —gruñó el anciano señor Tilling.

Olivia volvió a sonreír.

—Lo sé, lo sé... —dijo—. Pero Isabella es una estricta cumplidora de su deber. No podrás evitar que te meta en cama y te dé las píldoras. No protestes ni te quejes, ¿comprendido?

De nuevo el señor Tilling rezongó por lo bajo algo ininteligible. Se puso en pie, con no demasiado esfuerzo. A sus ciento cinco años, era un hombre erguido, que vestía con cierta elegancia; siempre bien afeitado, con una dignidad de porte realmente asombrosa.

—Buenas noches, Olivia —dijo.

Subir las escaleras que desde el salón conducían al piso, tampoco, al parecer, era un ejercicio demasiado pesado para el anciano, que tardó solo un minuto en desaparecer de la vista de Olivia. El señor Tilling fue directo hacia su cuarto.

En efecto, su enfermera particular, Isabella, estaba terminando de arreglar la habitación.

Al oírle entrar, se volvió.

—Usted sigue cometiendo imprudencias, señor Tilling —dijo, amenazándole con un dedo.

—Si no se calla, la despido —gruñó el viejo.

—Oh, no... No haría eso, lo sé bien. Ahora mientras voy a buscar un poco de agua para sus píldoras, desnúdese y métase en la cama.

—¡Sé muy bien qué debo hacer!

—No se excite... Ahora subo.

Isabella salió de la habitación, mientras el anciano señor Tilling se despojaba de sus ropas, para ponerse el pijama. Apenas llevaba unos segundos en el lecho, cuando apareció Isabella, llevando una bandeja con un vaso mediado de agua, y las correspondientes píldoras, que el señor Tilling ingirió, rezongando, como siempre, bajo la supervisión de Isabella. Esta, luego, tapó al anciano.

—Y a dormir, señor Tilling. Buenas noches.

El señor Tilling correspondió con un gruñido. Isabella, al salir apagó la luz de la habitación, y el señor Tilling quedó en el lecho, con los ojos abiertos, sin sueño, a solas con sus pensamientos.

Por supuesto, los pensamientos del señor Tilling tenían un centro: su hijo, el padre de Olivia: Jonathan Tilling. Y el nerviosismo, la impaciencia del anciano señor Tilling, tenían grandes razones para existir.

El señor Tilling, siempre despierto, con el sueño huido de él, oyó

move a Olivia, que también se disponía a meterse en la cama. Aquella noche no tenía por qué ser distinta. Y cuando el señor Tilling oyó abrirse sigilosamente la puerta de su cuarto, cerró los ojos, y fingió dormir.

Isabella cerró de nuevo la puerta y desapareció.

Hubo algún momento en que parecía que el sueño acudía a él pero no conseguía conciliarlo; demasiado excitado, debía reconocerlo...

Además, en aquel momento creía haber oído un rumor...

No volvió a producirse, y creyó que era solo su imaginación. Iba a olvidarlo, cuando oyó aquella voz de mujer:

—Tilling... Norbert Tilling... Escucha mi canción... La recordarás. Es «La canción del Retorno»...

Norbert Tilling estaba petrificado.

Parecía momificado en su lecho.

Muy quieto, con el rostro vuelto hacia la ventana, desde donde juraría que provenía aquella voz de mujer, cantando «La Canción del Retorno».

Una voz... extraña. No de ultratumba, no. Una voz... apagada y... parecía temblorosa. Sí, una voz apagada y temblorosa... Como tembloroso estaba por dentro el señor Tilling que, tan pálido en su lecho, daba la impresión de que acababa de morir.

De nuevo se hizo el silencio. Ya había terminado «La Canción del Retorno»... Debía ser cosa de su cerebro.

—Norbert Tilling, ¿la has recordado? Hasta pronto...

El anciano notó humedad en la lívida frente.

Seguía quieto en el lecho, con la mirada fija en la ventana; es decir, en la cortina que tapaba el hueco que dejaba la ventana entornada. Había oído muy bien la voz de mujer... La canción...

De súbito, el señor Tilling recobró el movimiento, el habla. Quedó sentado en el lecho, gritando:

—¡Olivia...! ¡Olivia, pronto...!

Y su mano, vieja, temblorosa, torpe en aquellos momentos, buscaba el interruptor de la luz de la lámpara que había sobre la mesita de noche. Consiguió encenderla en el preciso momento en que Olivia, envuelta a medias en una bata, con expresión de alarma en su rostro, aparecía en el cuarto. Apenas dos segundos más tarde, también Isabella se presentaba en el cuarto, abalanzándose hacia el señor Tilling, que se había dejado caer de espaldas en el lecho, muy agitado, sudando, sin color en el rostro... —Abuelo... ¡Abuelo! ¿Cómo te sientes, qué te ocurre...? Isabella, práctica, eficiente, le estaba tomando el pulso, ante la ansiedad de Olivia, y los resuellos del anciano.

—Algo le ha excitado sobremanera... —murmuró Isabella—. Quizás habría que llamar a un doctor...

—Sí, sí, ahora mismo... Abuelo, di algo... —pidió, angustiada Olivia.

—No... No... —el señor Tilling meneaba la cabeza.

—Isabella, haga algo, mientras... —dijo Olivia—. Voy a...

—No... No, Olivia... Estoy bien, de veras... Sólo... solo os he llamado para que hagáis una comprobación. ¡Y daros prisa! Hay... hay alguien en el jardín de la... Alguien que... estaba en la ventana... ¡Comprobadlo! Rápido, Olivia... Y usted, Isabella... ¡Yo estoy bien! Las dos aturcidas mujeres se apresuraron a salir de la habitación. No cambiaron una sola palabra. Bastó con un gesto de Olivia, para que Isabella fuese por la derecha, mientras que la propia Olivia iba por la izquierda, recorriendo el contorno de la casa y el jardín. Dado que el perímetro no era muy amplio, se encontraron de nuevo, apenas cinco minutos más tarde.

—Nada, Isabella. ¿Y usted?

—Tampoco, *miss* Tilling...

—Es extraño... El abuelo ha mantenido siempre la mente lúcida, despejada... Me siento inquieta, Isabella.

La enfermera no hizo comentarios; caminó unos pasos, con Olivia junto a ella. Quedaron debajo de la ventana de la habitación del abuelo. La luz que quedaba en el recuadro, alumbraba aquella zona, sin que se percibieran visos de presencia alguna.

—¿Debemos llamar a un doctor, Isabella? —inquirió Olivia.

—Quizás sea precipitado... Tengamos en cuenta la excitación del señor Tilling, por otros motivos. En realidad, creo que, por ahora, bastará con cerrar su ventana.

—Como usted diga... Nos hemos asustado demasiado. Vamos a tranquilizar al abuelo. Lo encontraron sentado en el lecho, con la mirada fija en la ventana. El señor Tilling aún tardó un poco en volverse hacia ellas. Parecía encontrarse un poco mejor, pero su rostro mostraba aún una extraña lividez.

—No había nadie, abuelo... —musitó Olivia.

—¿No? Bien... debía soñar... Eso es: alguna pesadilla.

—Sin duda. Isabella te dará algo para que duermas tranquilo.

—Como queráis...

Isabella, sin pronunciar palabra, salió de la habitación, para ir a buscar un somnífero. Al quedar a solas, el señor Tilling, con un temeroso titilar en sus pupilas, musitó:

—Olivia... ¿no... no has oído la canción?

—¿La canción? No te entiendo, abuelo.

—«La Canción del Retomo»...

—Jamás he oído mencionarla, abuelo.

El señor Tilling se pasó una mano por la frente.

—Claro... Claro, son cosas mías... Tú no habías nacido cuando ella la cantaba...

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

Olivia estaba francamente alarmada.

El abuelo no volvió a despegar los labios. Le ayudó la llegada de Isabella, con el específico para el sueño del señor Tilling, quien lo ingirió sin rechistar. Luego, dejó que Olivia e Isabella le taparan. Cuando todo quedó en orden, las dos mujeres salieron del cuarto. El abuelo las oía cuchichear... Sin duda, montarían guardia en aquella habitación, de modo disimulado. El señor Tilling, con el miedo en el corazón, agradecía el detalle.

* * *

Olivia inquirió:

—¿No sales al jardín esta noche, abuelo?

—No, no... Hum, voy a pedirte algo, Olivia.

—Tú dirás.

—Olvidemos aquella tontería, ¿estamos?

Olivia sonrió.

—Me alegra oírte hablar así —dijo.

—Demonios, ciento cinco años son muchos años, y alguna vez la imaginación, la mente o llámale como quieras, nos ha de jugar alguna mala pasada. Han transcurrido tres noches, y todo ha quedado en eso, en una pesadilla sin repetición. Te aseguro que no voy a vivir pendiente de ella. Así que se acabaron mis merodeos nocturnos por el jardín.

¿Has tenido noticias de la doctora Wolcott?

—Ha telefoneado esta mañana, pero no hay novedad. Es decir todo sigue igual; bien.

—Estos cuatro meses serán los más largos de mí vida... En fin, buenas noches, Olivia.

—Buenas noches, abuelo. Isabella está arriba.

—Sí, ya sé.

Y se dispuso a dormir con la ventana entornada, como antes de oír la canción. Estaba adormilado, cuando el rumor le hizo mirar hacia la ventana. Y fue cuando oyó la voz:

—Norbert Tilling, cantemos «La Canción del Retorno». Estaba como fosilizado; se le erizaba el vello.

La canción... ¡Otra vez la canción, desde la ventana! Aquella voz apagada y temblorosa...

CAPÍTULO 3

MIENTRAS de los labios de Nora brotaba «La Canción del Retorno», abajo, pegado a la fachada, Adam Kenmore sonreía de un modo casi siniestro, si bien es verdad que en algunos momentos parecía que una chispa irónica cruzaba sus pupilas.

Nora estaba arriba, con los pies en una repisa, y apoyada con los dos brazos en el marco de la ventana. Su voz era como el susurro que ofrecían las hojas de los árboles, temblorosas al viento.

Cuando terminó la canción, Nora, arriba, cerró los ojos un instante.

No volvería a hacerlo. ¡Jamás! Aquello era... sórdido, cosa de dementes... Estaba dispuesta a confesárselo todo a la doctora Wolcott.

—Baja, ¿qué esperas? —oyó.

Abajo estaba él; aquella voz apenas audible, pero autoritaria y seca.

Nora reaccionó, entonces. Tenía que bajar de allí. Había una repisa en la que ir apoyando los pies. Ranuras en la fachada, por la que podía descender sin grandes alardes de equilibrio. Nora, pegada a la pared, aferrada a las ranuras, inició el descenso.

Ocurrió; parecía inevitable que ocurriese. Nora no pudo hacer nada por evitarlo.

Lo intentó, eso sí; intentó clavar los dedos en la pared, para quedar sujeta, para tener algún asidero, ya que había perdido pie, y estaba descendiendo desde aquella altura... Lo único que consiguió fue desollarse los dedos, dejar tiras de piel en la pared, sin hallar una sujeción que impidiera la caída.

Y Nora, perdido el equilibrio, y la serenidad, lo único que pudo hacer fue lanzar un grito, que fue cortado con brusquedad.

Un grito que se cortó cuando su cuerpo chocó contra el suelo del jardín.

Para Adam Kenmore, aquello había sido como una alucinación. Un estúpido accidente... Había visto a Nora perder pie, descender, dar la vuelta sobre sí misma. Y luego, el chasquido contra el suelo. Y allí estaba Nora, inmóvil...

Inmóvil, con la cabeza ladeada, abiertos los ojos...

Kenmore notó el brote del sudor en el cuello, en el rostro; como un brote de calor que nacía del interior de su rostro. Su mirada estaba hipnóticamente fija en el cadáver de Nora. No obstante, fueron solo unos segundos de desconcierto; reaccionó y empezó a retroceder. Saltó los primeros setos del jardín, mirando hacia la ventana del señor Tilling. Parecía que no ocurría nada, pero seguía alejándose, y entonces vio luz. Y

alguien asomaba.

Kenmore huyó, era fácil saltar la valla del jardín, y desaparecer de allí.

Mientras, en la ventana, el señor Tilling veía perfectamente el cuerpo tendido en el suelo.

Un cadáver que veía bastante bien, debido a la luz que escapaba por el marco de la propia ventana; aquella mujer exuberante de formas, con las piernas al descubierto: los ojos muy abiertos mirando al cielo.

El señor Tilling parecía sentir la necesidad de gritar, pero sus esfuerzos eran inútiles; parecían ir a reventar las venas de sus sienes y el cuello, mientras se dilataban sus pupilas contemplando el cadáver.

Por fin, algo falló en el interior del señor Tilling. Retrocedió dos pasos; trataba de aferrarse a algo, pero no tuvo ni fuerzas para cerrar los dedos en torno a la cortina. Se derrumbó, de espaldas.

La cortina se agitó un poco, pero luego volvió la quietud a la habitación.

* * *

Vacilante sobre sus pies, muy aturdido aún, el señor Tilling estaba dispuesto a llegar a la verdad por sí mismo. Para ser pesadilla, era demasiado real... Y si era real, resultaba ser una auténtica pesadilla. Su cerebro se encerró en ese círculo, y con el batín, en zapatillas, notando debilidad en las piernas, bajaba hacia el salón.

Lo cruzó, e instantes más tarde estaba en el exterior, en el jardín. Bastaba un pequeño rodeo, una veintena de pasos, para llegar bajo su ventana, donde debía estar el cadáver.

Veinte pasos; un minuto. Y allí estaba el cadáver, en efecto. Y allí estaba el anciano señor Tilling, acercándose. Seguía solo encendida la luz de su habitación. Y de ahí que cuando llegase junto al cadáver, la luz indirecta pareciese ejercer una rara influencia en el rostro del señor Tilling.

Estaba seguro de haber visto, desde arriba, a una mujer joven, exuberante; las piernas de la mujer muerta eran esbeltas, de muslos redondos, bien formados... Una larga cabellera, una figura llamativa; eso era lo que había visto...

Entonces, el cadáver que veía en aquellos momentos no era el mismo. No podía ser el mismo...

Aquella mujer muerta, que estaba a sus pies, era... casi vieja. Debía tener cerca de sesenta años; sus piernas parecían enflaquecidas; la mata de cabello encanecida, el busto reducido... Una mujer con arrugas, con las piernas un tanto deformadas... ¡No podía ser la misma!

—¡Señor Tilling! ¿Qué hace ahí?

El anciano respingó.

Miró hacia arriba. Incapaz de decir una sola palabra, miraba a Isabella, que estaba asomada a la ventana del cuarto del propio Tilling. Por lo visto, Isabella había captado algo...

—Señor Tilling... bajo... bajo ahora mismo... No se mueva de ahí... —musitó Isabella.

Desapareció de la ventana.

Instantes más tarde, Isabella llegaba, con Olivia detrás. Olivia aún se estaba ciñendo la bata: estaba pálida, asustada. Las dos mujeres llegaron junto al señor Tilling.

—Abuelo... —musitó Olivia—. Pero, ¿qué significa esto...?

—No sé... No sé, Olivia. Oí la... canción... «La canción del Retorno»... —susurró el señor Tilling—. Tardé un buen rato en sobreponerme, y averiguar qué había en la ventana de mí cuarto... Cuando asomé, vi el cadáver. Pero era otro cadáver... La mujer que vi muerta al principio no era esta, Olivia...

Olivia dirigió una mirada de inquietud a Isabella que, ya en pie, estaba junto a ambos. —Eso no es posible, abuelo. ¿No lo comprendes? —protestó Olivia—. Sugieres que aquí murió una mujer, y cuando bajas aparece el cadáver de otra. Habría que haber retirado la primera, y poner a esta...

—Eso han debido hacer, Olivia. Han tenido tiempo... Bajé para comprobar que todo lo que veo y oigo es cierto, y... y el cadáver corresponde a una mujer distinta. La que yo vi era joven, una mujer llamativa... Quiero decir, con formas...

—Está bien, está bien, comprendemos, abuelo. Pero...

—¡Ahora sé positivamente lo que he visto! —estalló el anciano—. Es cierto, pues, que la otra noche también oí «La Canción del Retorno». Y... y la mujer que la cantaba, estaba en la ventana. No es tan difícil imaginar lo ocurrido: cayó y... debió desnucarse...

Olivia cortó:

—Está bien abuelo. Ya se aclarará eso. Por lo pronto, si a nadie se le ocurre algo mejor, creo que lo conveniente es llamar a la policía. Y voy a ocuparme de eso ahora mismo.

Isabella, por favor, entre al señor Tilling. Sírvale algo para beber...

—Vamos, señor Tilling —dijo Isabella.

El anciano no encontró objeción alguna; necesitaba sentarse, y tomar algo, sí...

Isabella le dejó en un sillón, frente al hogar, apagado en aquellos momentos. Allí mismo, en el amplio vestíbulo, estaba un teléfono, por el que Olivia estaba llamando a la policía.

* * *

El auto-patrulla había llegado sin ruido, lo único notorio de su

presencia era la luz giratoria. Se aparearon cuatro hombres. Dos de ellos, quedaron en el jardín, y los otros dos, estos vestidos de paisano, se dirigieron hacia la puerta de la casa.

Isabella abrió, y les hizo pasar. Uno de ellos se acercó a los Tilling, que se habían puesto en pie. Dijo:

—Soy el sargento Foundry. Él es mi ayudante, Nesbitt —presentó al segundo policía.

—Yo les llamé... —musitó Olivia—. Ya dije lo que sucedía, hay un cadáver en el jardín.

—¿Cuándo lo han descubierto?

—Hace solo quince o veinte minutos...

—¿Alguien de esta casa?

—No, no... Es una persona... desconocida —dijo Olivia.

—Creo que lo mejor, ahora, será que nos muestren ese cadáver —dijo la policía.

Olivia asintió con movimientos de cabeza.

—Tú no te muevas de aquí, abuelo —dijo.

—Iré —dijo, con firmeza, el anciano.

Olivia parecía querer discutir, pero optó por no hacer perder el tiempo a la policía. Salieron de la casa, e instantes más tarde estaban bajo la ventana de la habitación del señor Tilling, observando el cadáver.

El sargento, un tanto perplejo, miraba a Olivia, al señor Tilling, y a Isabella, que mostraban una expresión de aturrido asombro; de algo que degeneraba rápidamente en miedo.

—¿Ocurre algo? —inquirió el sargento.

Los Tilling e Isabella cambiaban miradas.

—Yo tenía razón, —musitó de pronto, el señor Tilling—. Algo que no comprendemos está ocurriendo...

—¿A qué se refiere, señor Tilling? —inquirió el policía.

—¿Qué edad le calcularía a esa mujer? —inquirió Tilling.

Con gesto especulativo, el sargento Foundry examinó el cadáver. Aquella mujer arrugadísima, muy delgada, con el pelo caído y blanco. El rostro era algo en verdad consumido...

—Unos noventa años, o más —dijo el sargento Foundry—. Hay que convenir en que viste de un modo extraño.

—Hace media hora, el cadáver parecía ser el de una mujer de unos sesenta años —dijo el señor Tilling—. Pero... hace dos horas, o quizás más, siento no tener noción exacta del tiempo, el cadáver era el de una mujer de poco más de treinta años. Yo en principio, creí que habían cambiado el cadáver, pero no es así, no, no. Es el mismo cadáver, es la misma mujer. Sólo que, que... Va a sonar muy grotescamente, pero... La muerta está envejeciendo...

Olivia se mordía los labios.

Isabella miraba con mucha fijeza aquel extraño cadáver.

El sargento Foundry, más práctico, ordenó a Nesbitt:

—Llama inmediatamente al forense. Que se presenten del Precinto de una ambulancia, y conduzcan el cadáver al Depósito. El forense estará allí, esperando la llegada del cadáver. Y... también iremos nosotros. Mientras llamas, yo hablaré un poco con el señor Tilling. Otra cosa: ordena a Honiss y Kitchell que tomen varias fotografías del cadáver. Aquí y ahora.

—Bien sargento.

El sargento miró a los Tilling y a Isabella, y dijo:

—Regresemos a la casa; despejemos el terreno.

Dos minutos más tarde, estaban instalados frente al hogar sin fuego. Tan solo Isabella estaba en pie.

—Señor Tilling, antes ha dicho algo muy extraño —empezó el sargento Foundry—. ¿Puede confirmarlo ahora?

—Primero, aparentaba algo más de treinta años, luego, el doble. Y... usted ha visto lo mismo que yo hace unos minutos, sargento.

—Y dicen no conocer a esa mujer.

—No —dijo Tilling.

—¿Saben qué hacía aquí? —inquirió el policía.

Tilling pensó no responder, sencillamente pero Olivia dijo:

—Cantar canciones por la ventana... Trepaba para cantar. No comprendo nada, sargento...

También el policía parecía desconcertado.

—Para cantar... —murmuró—. ¿Es metáfora o...?

—En absoluto —dijo Olivia—. Mi abuelo recuerda la canción que cantaba esa mujer: «La Canción del Retorno». ¿No es eso, abuelo?

—Sí, ya sé. Lo siento, estoy muy aturdido, muy cansado. ¿Podría retirarme, sargento? —dijo el señor Tilling.

—¿No tiene nada que agregar? —inquirió el policía.

—Nada... Lo que ha dicho Olivia, esa mujer subía a mí ventana para cantar «La Canción del Retorno». Debió caer, y murió desnucada. Es decir, cayó; yo oí el ruido. Y... y me asomé. El resto lo sabe, sargento. Por lo demás, jamás la había visto antes.

—Está bien, puede retirarse, señor Tilling.

—Yo le acompañaré —dijo Isabella.

El anciano y la enfermera subían hacia el piso. El sargento miró a Olivia, y dijo:

—Tengo la impresión de que el señor Tilling me ha ocultado algo.

—Lo dudo, sargento. Y espero que no sospeche que él tenga algo que ver con esa muerte. Nosotros somos de New York; puede informarse. Mi abuelo dejó el cargo de Comisario de Policía del distrito segundo, hace treinta y cinco años. Aún hoy pertenece, con voto, al Cuerpo Honorario.

—Entonces, somos colegas. Debió presentarse. Quizás, sin

proponérmelo, le he molestado.

—No lo creo, sargento. Más bien me inclino a pensar que mi abuelo trata, por sí mismo, de buscar alguna solución.

—Comprendo, comprendo —sonrió el sargento—. Se supone que fue un magnífico policía. Estaré encantado de volver a hablar con él, y cambiar impresiones.

En aquel momento Nesbitt entraba, dispuesto a realizar la llamada telefónica. Antes, dijo:

—Eche un vistazo al cadáver, sargento. De seguir así la cosa, no sé qué va a ocurrir.

Foundry se puso en pie; Olivia le imitó, mirándole, como pidiéndole algo.

—No será agradable, imagino, *miss* Tilling —dijo el policía.

—Losé. No obstante...

—De acuerdo. Vamos.

Salieron ambos, dirigiéndose al lateral donde estaba el cadáver. Había luz en la ventana del señor Tilling, pero nadie asomaba. Por otra parte, nadie realizó tal observación, ya que todas las miradas estaban fijas en aquel cuerpo. Miraban, claramente impresionados, aquel cadáver. Parecía el cuerpo de una bruja disecada. Se le caía el cabello, se le hundía la boca, se desdentaba. Apenas la piel justa para cubrir los huesos era visible a causa de la corta falda...

—Habrà que darse prisa... —susurró el sargento—. Quiero que la vea el forense antes de que esto siga adelante. Seguid tomando fotografías del cadáver; las necesitaremos, es obvio...

Funcionaban las cámaras fotográficas, con «flash».

A lo lejos, aparecía en el horizonte una aurora engañosa.

El sargento, en silencio, tomó a Olivia de un brazo, y la acompañó hasta la casa.

CAPÍTULO 4

LA joven enfermera Patricia estaba incluso un poco asustada, ante la explosión de ira del señor Kenmore. Este la había llamado para preguntar por su esposa, y señalaba el lecho vacío.

—Serénese, señor Kenmore. Siento no poder decirle nada en este momento.

—¿Dónde está la doctora Wolcott?

—Llegará dentro de unos minutos. Ha tenido que ir a algún sitio que ignoro...

Kenmore entornó los ojos. Tal vez no fuese tan fácil engañar a los demás como a Patricia. Se sentía satisfecho de su actuación. E insistió como si le costara un duro esfuerzo dominarse, contener el deseo de estrangular a Patricia.

—De modo que me despierto, mi mujer no está, y nadie sabe darme explicaciones, —dijo—. Algo ha ocurrido que no quieren decirme. ¿Se trata de que algo ha ido mal con ella? ¿Su proceso falla? ¿No tengo derecho a saberlo?

—No creo que se trate de nada de eso. Yo lo sabría, señor Kenmore.

Cuando Patricia oyó pasos en el corredor, apenas pudo contener un suspiro de alivio, además, oía voces, y reconoció la de la doctora Wolcott, que llegaba con un hombre, un desconocido para Patricia.

—Llega la doctora Wolcott... —dijo Patricia.

Kenmore miró hacia la puerta. En efecto, Magnolia Wolcott, y un hombre alto, bien parecido, que llevaba una bata con un emblema que solo indicaba su calidad de visitante, hicieron su entrada en el cuarto.

—Puede irse, Patricia. Si la necesitamos, le avisaré.

—Bien, doctora.

La joven enfermera se apresuró a desaparecer de allí.

Magnolia Wolcott miró a Kenmore entonces, y pidió:

—Siéntese, por favor. Le presento al sargento Foundry, de la brigada Nocturna del Precinto...

Kenmore miró con el ceño fruncido al sargento, que parecía hipnotizado ante la visión de Kenmore.

—¿Un policía? —musitó Kenmore—. ¿Qué ocurre, doctora? Bueno, ante todo, responda a esta pregunta, ¿dónde está mi esposa?

La doctora Wolcott vaciló unos instantes. Por fin dijo:

—Lo siento, señor Kenmore... verá, ha ocurrido algo muy extraño. Su esposa salió del «Centro». Escapó, por decirlo así. Ustedes no están

autorizados para salir. Su esposa... cometió un acto muy extraño. Y no es la primera noche. Hace tres días, estuvo también en el mismo lugar. Su esposa, trepaba a una ventana, y... Ya sé que le parecerá completamente absurdo, pero es la única verdad, su esposa trepaba a una ventana, para cantar «La Canción del Retorno». A un anciano, a un hombre llamado Norbert Tilling. El sargento quería hacerle unas preguntas al respecto.

Kenmore fingía maravillosamente un desconcierto que no sentía.

—¿Mi mujer se volvió loca? —masculló—. ¿Dónde está ahora?

—Cayó por la ventana, señor Kenmore...

—¿Muerta?

—Sí. Lo siento de veras...

—¿Pero cómo quieren que me crea esta estupidez? —estalló Kenmore—. ¿Qué significa esto? ¡Ustedes quieren falsear la verdad! ¡Han fallado sus procedimientos y no se les ocurre nada mejor que esa... esa monstruosa mentira!

Kenmore se excitaba por momentos.

La doctora Wolcott miró al sargento Foundry, y musitó:

—No creo que un interrogatorio proceda ahora, sargento.

Está muy excitado.

—Me doy cuenta. No se preocupe, doctora Wolcott, podemos esperar. En definitiva, se trata de un accidente...

Kenmore había cambiado de actitud, de modo súbito. Se había sentado en el borde del lecho, como mareado, y se ocultaba el rostro con ambas manos, presionándose las sienes.

Patricia, muy competente, eficazísima en su labor, le estaba aplicando alguna inyección; tal vez un tranquilizante especial, o cualquiera sabía qué. Kenmore, fingiendo una gran depresión, no osaba decir una sola palabra. Tan solo, con voz apagada, inquirió, mirando a la doctora Wolcott.

—¿Podría ver a mí esposa?

Magnolia negaba con movimientos de cabeza.

—No le conviene, señor Kenmore. Prometo explicarle las razones más adelante.

Procure serenarse, descanse...

Kenmore inclinó de nuevo la cabeza.

—Estoy solo... —susurró.

La doctora Wolcott y Patricia cambiaron una mirada de impotencia ante aquella situación insólita.

La voz de Olivia Tilling truncó el prolongado silencio; —Abuelo... ¿no te irritarás si te propongo algo?

El anciano miró a Olivia. Había algo apagado en el fondo de las pupilas del señor Tilling. Además, Olivia había notado cierto temblor en las manos de su abuelo, temblor que no había percibido antes.

—Si es irritante, me irritaré —rezongó el señor Tilling.

—Trata de comprender. Estamos muy... impresionados, ¿verdad? ¿Por qué no regresamos a New York?

—¿Es eso lo que querías proponerme? —inquirió Tilling.

—Sí.

El señor Tilling alzó las blancas cejas, reflexionando.

—No —respondió, por fin—. Estuvimos mucho tiempo preparando este viaje. Ahora, estamos aquí. Y... ese absurdo incidente no tiene por qué hacernos cambiar de planes.

Esa cantante chiflada se ha desnucado, y nada más ocurrirá. Vete cuando quieras, Olivia.

—Sabes que no te dejaré solo.

—Entonces, seguiremos aquí.

Olivia miró a Isabella, como pidiendo ayuda.

Isabella se removió.

—Señor Tilling, ella está en lo cierto... —murmuró Isabella.

El anciano les dirigió una furibunda mirada.

—¡Haced las maletas, y partid! —estalló—. ¡Yo me quedo! No sé lo que piensan de esto, pero yo... Es difícil de explicar. Cuando yo nací, hace ciento cinco años —al abuelo le gustaba machacar sobre su edad—, todo esto era... un imposible...

—Pese a todo, abuelo, aquí seremos infelices. Tu corazón no es joven, cabe la posibilidad de que no soporte la tensión, la...

—Tranquilízate. Isabella tiene a mí disposición un millar de píldoras.

—No te burles, abuelo. Además, no me gusta decírtelo, pero quiero que sepas que nos hemos dado cuenta de que tus manos han empezado a temblar. Eso me inquieta. Oh, no te esfuerces ahora en mantenerlas firmes...

El abuelo, con violencia, se puso en pie.

—Es una conversación desagradable —dijo—. Buenas noches.

El abuelo se dirigió hacia las escaleras, sin que nadie replicara. Era cierto, le temblaban las manos. Sentía, por otra parte, una crisis continuamente, sin el menor motivo aparente, su corazón empezaba a golpearle con fuerza en el pecho. «La Canción del Retorno»...

El señor Tilling llegó a su cuarto impregnado de una fría y fina película de sudor. Cerró la puerta, y se dirigió a la ventana, cerrándola cuidadosamente. Miró hacia la puerta, y decidió cerrar por dentro también. No quería intromisiones, no quería que Isabella, como tenía por costumbre, entrase, y le viera temblando, o sudoroso, o notase sus palpitaciones de miedo...

Abajo, Isabella se había sentado frente a Olivia. Las dos mujeres se sentían incómodas, inquietas.

—Procure tranquilizarse. Olivia. La solución, insisto, está en llamar al

doctor Setton. Este ejerce mucha influencia sobre el señor Tilling.

—Lo haré. Estoy ya decidida. Le llamaré mañana por teléfono. Ahora, iré a dormir, Isabella.

Olivia subió a su cuarto, e Isabella, según su costumbre, fue a echar un vistazo al señor Tilling, pero notó que la puerta estaba cerrada por dentro. Soltó un suspiro, y bajó al jardín. Dio una corta vuelta, antes de dirigirse al lateral donde radicaba la ventana del cuarto del señor Tilling.

Miró hacia arriba, y vio las persianas bien cerradas, a oscuras. Sólo la luz de la luna le permitía distinguir algunos detalles. Y tranquila al respecto, iba a dirigirse hacia la casa, cuando oyó un rumor a su espalda.

Se volvió con los ojos muy abiertos, a punto de lanzar un grito de terror, cuando vio a aquel hombre sonriente, que le hacía gestos. Y dio dos pasos hacia ella, diciendo:

—No se asuste. Lo siento, debí hacerme notar de otro modo.

Isabella tuvo que respirar hondo varias veces.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —inquirió.

—Soy el agente Reed —dijo el hombre—. El sargento Foundry me ha ordenado que ejerza vigilancia aquí. No es que tema nada definido, pero quiere cerciorarse de que al señor Tilling no le ocurrirán nuevos incidentes.

Isabella sintió un gran alivio.

—No sabe cuánto se lo agradecemos, señor Reed.

—Una cosa, no diga una sola palabra al señor Tilling de que le protegemos, por decirlo así. El sargento teme que se encohere. El señor Tilling no aceptaría esta vigilancia. Orgullo, prestigio, ya sabe.

—Lo comprendo. Y, en efecto, el señor Tilling le echaría a usted de aquí si llegase a enterarse —sonrió Isabella—. No diré una palabra. Y es curioso, el sargento Foundry conoce muy bien al señor Tilling, sus reacciones...

—No es difícil. De nuevo le pido perdón por haberla asustado.

—No se preocupe, señor Reed. Es un susto minúsculo —sonrió de nuevo—, comparado con lo de anoche. ¿Vio el cadáver de aquella mujer?

—Pues no...

—Horrible. Horrible de veras. Parecía tener treinta años, luego, sesenta, noventa, cien. Aquella piel tan arrugada, desdentándose a ojos vista. ¿Le ocurre algo, señor Reed? El moreno rostro de aquel hombre había adquirido un tinte cerúleo. No obstante, consiguió reaccionar, y musitó:

—Nada. No puedo evitar la impresión, ya me lo han contado, sí. Debió ser espantoso. —Lo fue, —Isabella miró en dirección hacia el «Centro», distante de allí como una milla, quizás milla y media—. Ese «Centro». Deberían tener más cuidado. ¿No cree, señor Reed?

—Naturalmente.

—En fin, iré a descansar. Hoy dormiré, estoy segura.

Isabella, tranquilizada, abandonó aquella zona, dirigiéndose hacia la entrada principal de la casa. Adam Kenmore, sin perderla de vista, sonreía con sarcasmo. Permaneció inmóvil un buen rato, y luego se ocultó entre setos del jardín, dejando transcurrir más de una hora.

Al término de ese plazo, Kenmore se puso en movimiento. Con sigilo, se fue acercando a la casa. La puerta estaba cerrada, pero solo de golpe. Y puesto que se trataba de una construcción antigua, Kenmore no tuvo la menor dificultad en abrir aquella puerta, utilizando artificios muy antiguos, sentía deseos de echarse a reír. Se divertía, en cierto modo. Lamentaba tan solo lo de Nora, pero ella no servía...

Se encontró en el vestíbulo, a oscuras, como toda la casa, y permaneció quieto, habituándose a la penumbra. Distinguió pronto la escalera.

Agarrado al pasamanos, subía, sin prisas, pisando en absoluto silencio.

Ya en el pasillo, tuvo que aguardar un poco más.

Además, realizó un cálculo de fácil resultado. Por la situación de la ventana, era fácil deducir qué habitación ocupaba el anciano. Era la del ángulo último del pasillo.

Tardó más de un minuto en llegar frente a la puerta. Puso la mano en el pomo de la cerradura, y tanteó. A los pocos segundos, se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada por dentro. Le contrariaba, ciertamente...

No obstante, pegó la boca a la intersección entre el marco y la puerta, y llamó, muy quedo:

—Tilling...

La voz podía llegar hasta Tilling, si este no dormía. El riesgo consistía en que le oyese alguna de las dos mujeres.

—Tilling, despierta... ¿Me oyes?

Era un susurro apagado, tenso.

Kenmore creyó percibir algún rumor en el interior de la habitación.

—Tilling, sal de ahí. ¿No quieres reconocer mi voz?

Se oyó, al otro lado de la puerta, una voz un tanto quebrada, carente de firmeza:

—¿Quién es usted...? Váyase.

—Quiero que reconozcas mi voz, Tilling. ¿No lo consigues? ¿No te sugiere nada «La Canción del Retorno»?

CAPÍTULO 5

EL señor Tilling había apoyado las dos manos en la puerta, y se estaba alejando un poco, dejando un rastro de sudor.

—Tilling...

Otra vez; seguía allí...

¿O era solo su cerebro torturado?

Tenía que saberlo. Era imprescindible averiguar la verdad. Y no saldría de cualquier modo, no. Se fue alejando de la puerta. En su mesita de noche tenía una pistola. Su retroceso, un poco torpe, fue perceptible.

Casi chocó contra la mesita de noche. Abrió el cajón, y su diestra temblorosa tanteó en busca de la pistola; el contacto con el arma le tranquilizó.

Ocurría algo, en efecto.

Tal vez Kenmore había alzado mucho la voz, quizás el sonido se filtró a través de las otras puertas, trascendió en todo el pasillo.

Quizás, sí.

En todo caso, Isabella no se había dormido tan profunda y tranquilamente como había creído. El espanto la invadió, al percibir aquellos susurros: «Tilling, Tilling, Tilling...».

Salió del lecho, se cubrió con la bata, y se acercó a la puerta. Aquella voz apagada, que parecía provenir solo de la oscuridad, la llenaba de pavor.

La solución estaba en salir al pasillo, y luego correr hacia las escaleras gritando; el señor Reed la oiría.

Así lo hizo; abrió la puerta, y quedó en el pasillo. Durante dos segundos, no vio a nadie; la voz no surgía de su garganta. Luego, vio al señor Reed, que había saltado hacia ella.

La alegría de Isabella al reconocer al señor Reed duró un segundo; justo el tiempo que tardó en ver aquellos ojos oscuros, feroces, saltones, fijos en ella, con aquel brillo aterrador...

Iba a gritar, pero el señor Reed, con un jadeo, con un aliento que alcanzó el rostro de Isabella, quemándolo, se abalanzó sobre ella.

Isabella, desesperada, rota por el terror, trataba de debatirse pero sus movimientos carecían de fuerza; tal vez solo creía que se debatía. Parecía una muñeca entre las manos de aquel hombre, que la aplastaba, la inmovilizaba... El cuello, la asfixia... No podía respirar...

Kenmore no necesitó grandes esfuerzos para, tras haber hundido los pulgares en la garganta de Isabella, arrastrarla, muerta, hacia la puerta de

la habitación del señor Tilling.

La dejó allí, en equilibrio, pegada de cara a la puerta.

Entonces, alguien encendía una luz; aparecía por debajo de una de las puertas del pasillo.

Kenmore, como un gran mono, a saltos, con extraña agilidad, desaparecía en dirección a las escaleras.

El señor Tilling, decidido, con la pistola en la mano, blanco de terror, tembloroso, decidió abrir. Era un duelo consigo mismo; o moría de miedo, o resolvía aquello... Por tanto, lo que hizo fue abrir bruscamente la puerta de su habitación.

El grito ronco del señor Tilling se confundió con el de Olivia; el grito de esta, agudo, estridente, rebotando en el ámbito, en el pasillo.

Y Olivia, paralizada, veía el cadáver de Isabella, que se había desplomado en los brazos del anciano, cuando este abrió la puerta de su habitación. Tilling, en efecto, había visto el rostro de la muerte precipitarse hacia él; un rostro amoratado, aquellos ojos como globos...

Por fin, Tilling retrocedió un paso; el cadáver quedó en el suelo.

Olivia y el señor Tilling se miraban.

Parecían simples estatuas marmóreas.

Como si el movimiento, de súbito, hubiese cesado para ellos.

* * *

Se oyó la voz del hombre que estaba inclinado junto al cadáver de Isabella.

—Estrangulada, sargento.

—Se ve a simple vista. No hay ninguna otra herida, veo.

El sargento Foundry dejó a los agentes con el cadáver, con el fin de que se ocuparan de las diligencias legales del caso. Descendió al salón-vestíbulo, donde estaban los Tilling. El viejo con un batín, con la mirada perdida, las manos fuertemente aferradas a los correspondientes brazos del sillón que ocupaba...

Olivia estaba un poco desencajada por el miedo, su bello rostro estaba muy pálido, se notaban contracciones nerviosas. El sargento miró, silencioso, a ambos, durante unos instantes.

—¿Tienen algo que agregar? ¿Han recordado algo más?

—inquirió, por fin.

Olivia negaba con movimientos de cabeza, el señor Tilling no se movió, no despegó los labios, seguía aferrado con las manos al sillón, como si temiera que un acceso de temblor desarticulara sus dedos.

—Entonces, ambos oyeron rumores en el pasillo. El señor Tilling, temiendo algo, se armó, antes de abrir la puerta. Y usted, *miss* Tilling, vio que al abrir la puerta, el cadáver caía sobre su abuelo.

—Eso fue lo que vi... —susurró Olivia—. Sargento, si no tiene nada en contra quisiera marcharme. Yo no puedo soportar más vivir en esta casa, en este lugar. Quiero ir a New York.

—Bien, Quizás sería lo mejor.

—Ayúdeme, se lo ruego. Trate de convencer a mí abuelo.

El sargento Foundry, miró el rostro impávido, pero muy pálido, del señor Tilling.

—No sabemos qué pretenden con esto, señor Tilling —dijo—. Primero la mujer du la canción; ahora, su enfermera. Usted sabe muy bien que las cosas han empeorado, puesto que, en principio, solo ocurrió un accidente. Isabella, en cambio ha sido asesinada; estrangulada. Mi deber es protegerle, señor Tilling, ¿comprende?

—Protéjame —dijo, con un murmullo, el anciano. —Creo que sería más fácil en New York, señor Tilling, —No veo la razón. Yo debo estar aquí. Mi hijo...

—Tengo noticias al respecto, señor Tilling. Sé que usted no verá a su hijo, en modo alguno, antes de un mínimo de ocho meses. Quiero entender sus razones, pero su obstinación puede ser peligrosa. Piense un poco en miss Tilling, también.

El anciano miró a Olivia.

La veía desvalida, asustada, nerviosa...

—Abuelo, te lo suplico... —casi sollozó Olivia, ante el silencio del aterrado anciano.

—No sé... Mi ilusión...

—Nuestra estancia aquí es inútil, abuelo. Mira... llamaré al doctor Setton, para que él... —No. No lo necesito. Déjame reflexionar... Yo no soy un cobarde. No quiero dar la impresión de que huyo de aquí... Tengo un prestigio. He defendido setenta años la Ley... Quiero pensarlo.

Olivia respiró con fuerza; parecía que la resistencia del abuelo se resquebrajaba. Aquello ya no era una negativa rotunda...

Y puesto que el señor Tilling volvía a sumirse en sus pensamientos, inclinando la cabeza, Olivia pudo cruzar una seña con el sargento Foundry, quien comprendió: no había que insistir aquella noche más. Se corría el riesgo de provocar en el señor Tilling una reacción contraria.

En el salón, casi a las tres de la mañana, los Tilling estaban a solas. Olivia truncó un largo silencio, diciendo:

—Sé que me ocultas algo, abuelo. A mí, y a la policía. ¿No puedo saber qué ocurre?

—No tengo nada que ocultar —fue la seca respuesta del anciano.

—No sé... Entre sueños, creí que alguien te llamaba...

—Soñabas, como bien dices, Olivia.

—Es posible. Sin embargo, lo curioso es que los sueños se convirtieran en realidad. Por lo menos, en parte. ¿No te parece?

—¡No sé nada! —se excitó el señor Tilling—. Y... para que te tranquilices, creo que lo mejor será regresar a New York. Haremos lo que tú quieras. No deseo sacrificarte ni mucho menos, Olivia.

—Has eludido el fondo del asunto, abuelo. Eres muy hábil.

—Olivia... ¿crees que yo sé algo de... de todo eso? Una mujer que viene a cantar a mí ventana, un hombre que asesina a Isabella...

—¿Cómo sabes que fue un hombre?

—No empecemos con esas sutilezas absurdas. Sólo imagino que se trata de un hombre, Olivia. Y yo no sé nada de eso...

—Yo oía tu nombre...

—Ya basta. Haz lo que te parezca, pero déjame en paz.

Se había puesto en pie; sus manos no tenían a qué aferrarse en aquellos momentos, y temblaban.

Olivia musitó:

—Mañana, en casa, en New York, te sentirás mejor, abuelo...

El señor Tilling no se molestó en responder. Producía una penosa impresión verle subir por las escaleras, agarrado al pasamanos, vacilante, sin fuerzas. Olivia, asustada, había observado el rápido envejecimiento de su abuelo.

* * *

En su funcional despacho, la doctora Wolcott había leído y ordenado una serie de papeles, todos relativos a las actividades del «Centro de Readaptación»: Por sí misma, los archivaba.

Y acababa de cerrar el archivo electrónico, cuando oía la llamada a la puerta, y a continuación entraba Patricia.

La doctora, sin dejar de mirarla, fue a ocupar su asiento, detrás de su mesa-escritorio.

—Adelante, Patricia —dijo— ¿Cuáles son hoy las dificultades?

—Creo que no es lo que imagina, doctora —dijo Patricia.

—¿No se trata del señor Kenmore?

—Pues no...

—Es una buena noticia... Me ha estado preocupando ese hombre, Patricia: ¿De qué se trata, entonces?

—Los Tilling esperan ser recibidos por usted.

—¿Los Tilling? Nadie les ha citado, que yo sepa.

—Sin embargo, esperan. Están en la antesala.

—Hágales pasar, Patricia.

Patricia, entonces, sin más comentarios, abandonó el despacho. Instantes más tarde, aparecía, pero solo acompañando a los Tilling, que fueron introducidos en el despacho de la doctora Wolcott. Fue Olivia quien rompió el fuego:

—Sólo queríamos decirle que regresamos a New York, doctora Wolcott. Ustedes ya conocen nuestras señas. De haber alguna novedad, estaremos en nuestro domicilio habitual.

—¿Regresan a New York? Bien... En cierto modo, eso es más lógico que permanecer en Oneonta. Ustedes ya lo saben: son procesos largos.

—¿Todo sigue bien? —inquirió, con murmullos, el anciano señor Tilling.

—Normal. El primer éxito es el que cuenta, en realidad.

—Comprendo... Me había hecho la ilusión, de ver a mí hijo salir de aquí...

—Nada impide que mantenga la ilusión, señor Tilling. Una vez los interesados pasan a la primera fase de readaptación, el proceso solo exige cuidados, que nosotros garantizamos. Siempre surgen, es obvio, los contratiempos, pero el porcentaje es mínimo:

—Sí, sí, sabemos eso... —dijo el señor Tilling—. No quiero que crea, en modo alguno, que desconfiamos de la eficacia del «Centro»... Bien, eso es todo. Sencillamente regresamos, con el ruego de que nos tenga al corriente del proceso, en sus distintas fases.

—No se preocupe, señor Tilling.

—Ha sido un placer conocerla, doctora Wolcott...

Magnolia Wolcott observaba a Tilling cuando, tras la despedida, el hombre, vacilante, como en plena senilidad, salía del despacho, con Olivia. Una vez en la antesala, en cuanto hubieron dado unos pasos, el anciano señor Tilling se detuvo; Olivia le miró.

—¿Pasa algo, abuelo?

—No, No... Sigue, si quieres. Olvidé decirle algo a la doctora.

—Yo puedo...

El señor Tilling ni siquiera la dejó hablar. La dejó plantada en la antesala, y regresó al despacho de la doctora Wolcott; llamó y entró. Cerró la puerta sin dejar de mirar a la doctora, que parecía interrogarle con la expresión de sus claros ojos. Inquirió, de súbito:

—¿Conoce a un hombre llamado Duryea, doctora?

—¿Duryea? Pues... no. No recuerdo.

—Chester Duryea... Quizás ha sido tratado en el «Centro».

La doctora Wolcott negaba con movimientos de cabeza.

—Puedo asegurarle que no, señor Tilling —dijo—. No suelo olvidar a nadie... Por razones obvias. Además, todavía no tratamos multitudes, sino individuos. ¿Comprende lo que le quiero decir? Tenemos de doce a veinte pacientes al año, y no es fácil olvidarles. —Entiendo. Doctora... usted sabe que me ocurrió algo extraño. Una mujer del «Centro» cantaba canciones en mi ventana...

—Nora Kenmore. ¿Es eso lo que quería saber?

—Sí... Sí, sí... Nora Kenmore. No la he conocido jamás...

Y quedó en silencio, pensativo.

—¿Puedo servirle en algo más, señor Tilling? —inquirió la doctora Wolcott.

—No...

—Fue un incidente lamentable. Jamás habíamos tenido problemas, no de esa clase, quiero decir, con nuestros internados.

El señor Tilling se fue, dejando a la doctora Wolcott con una extraña impresión.

Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando entró Patricia.

—Se fueron —dijo—. Llegarán esta tarde a New York.

—Son apenas ochenta millas... Patricia, diga: ¿recuerda a un hombre llamado Chester Duryea?

—No... Si quiere que mire en...

—No es necesario. Confío en su memoria. Tampoco yo recuerdo ese nombre. Otra cosa: ¿qué impresión le ha producido el señor Tilling?

—Tiene más de cien años, doctora —sonrió Patricia—. Espero que no crea que me intereso por personas de esa edad...

—Sin bromas, Patricia. ¿No le ha parecido... aterrado?

—No sé... Distraído, tembloroso... Senil, diría yo, resumiendo. Claro que recuerdo muy bien su anterior visita, y... usted tiene razón: el señor Tilling ha cambiado... ¿Fue él quien preguntó por Chester Duryea?

—Sí... Bien, dejemos eso, Patricia. Ocupémonos de nuestros propios problemas.

—Es lo más sensato, doctora. La verdad es que he estado pensando sobre la señora Kenmore... Nada indicaba que se comportaría de ese modo tan extraño... ¡Ir a cantar a la ventana de un anciano!

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—En absoluto... Lo que imagino es que en nuestro trabajo, en cualquier momento, podemos tropezar con los inexplicables...

CAPÍTULO 6

LOS Tilling disfrutaban de una apreciable fortuna; entre sus propiedades, figuraba una bella mansión al norte de Bronx, en Avenida Prolongación. Una casa de planta y piso, con más de doce habitaciones, grandes salones, comodidad por doquier... No obstante, el señor Tilling, a su regreso a New York, había optado por vivir, siquiera momentáneamente, en un pequeño apartamento de Essex County Avenue, a orillas del Harlem River, con vistas a Bronx y Manhattan.

En la misma salita, Olivia acababa de hablar por teléfono. Se volvió hacia Tilling, y dijo: —La nueva enfermera, la señorita Cobbs, llegará mañana, abuelo. Espero que seas dócil conmigo.

—No te preocupes...

—Pues me preocupas, abuelo. Sé que te encanta la mansión de Prolongación Avenue. No obstante, has elegido este apartamento...

—¿Crees que tengo miedo, Olivia? —inquirió el anciano, fijando su mirada en los ojos de Olivia.

Olivia se mordía el labio inferior: vacilaba visiblemente.

Se atrevió a preguntar, por fin:

—No.

Olivia iba a protestar, pero en aquel momento sonó el teléfono. Como la campana que salva de la derrota al púgil.

La joven *miss* Tilling optó por ir hacia el aparato. Lo tomó; escuchó un instante, y dijo:

—Es para ti, abuelo.

Tilling se puso en pie, y tomó el teléfono que le tendía Olivia.

—¿Sí? —inquirió.

—Tilling... Norbert Tilling...

La voz parecía llegar del infinito.

El anciano quedó muy quieto; iba perdiendo color. La impresión de Olivia era la de hallarse ante una estatua de cera, en un museo.

—Norbert Tilling... ¿No me oyes?

—Sí... —pudo articularle! anciano—. ¿Qué quiere...?

—¿Tan difícil es imaginarlo?

—No le conozco. No sé quién...

—¿No? No importa; es solo cuestión de un poco de tiempo. Pero puedes ir pensando, recordando. Quiero darte un margen prudente, porque comprendo lo importante que es el paso del tiempo... ¡Tanto tiempo...! Vuelve atrás, retrocede al pasado; muchos años, muchos, muchos...

Tilling, con el auricular en la mano, parecía muy poco firme sobre sus pies. Olivia le arrebató el auricular.

—¿Quién es? —llamó, con voz un poco estridente—. Diga: ¿Quién es? ¿Qué quiere? Silencio.

—¡Responda! —exigió Olivia.

A continuación, se cortaba la llamada.

Olivia miraba al señor Tilling, pero este, con obstinación, miraba al suelo. La joven colgó el teléfono y sonó su voz, dulce, persuasiva:

—Abuelo... hay cosas que una persona no puede soportar en soledad. Por ejemplo, el miedo... Comprende que yo quiero ayudarte. Sé que te está ocurriendo algo extraordinario... ¿Por qué no confías en mí?

El señor Tilling no respondió.

La joven, entonces, sin más, fue hacia el teléfono. Marcó un número, y tras obtener respuesta habló por espacio de un minuto. Colgó, y dijo, mirando al señor Tilling: —El doctor Setton vendrá a visitarte, abuelo. Esta noche, aunque la enfermera no ha podido concretar la hora.

—Está bien, Olivia... —musitó el anciano.

—Celebro que no te niegues. Yo... quisiera ayudar un poco al doctor. Dime: ¿te importaría quedarte solo un poco? Una hora, u hora y media...

—¿Por qué había de importarme? No soy un inútil.

—Hasta luego, entonces.

* * *

A ochenta millas de distancia, en las afueras de Oneonta en el «Centro de Readaptación», el sargento Foundry había sido recibido por Patricia, que le condujo directamente al despacho de la doctora Magnolia Wolcott.

Cuando el sargento entró, sorprendió a Magnolia paseando por el despacho, estrujándose las manos; evidentemente nerviosa.

—Me ha mandado llamar, doctora —dijo Foundry.

—Sí, sí... Jamás había ocurrido algo parecido...

—¿A qué se refiere?

—Es... una gran responsabilidad para mí, para el «Centro»... Se trata de algo muy confidencial, delicado. Espero que lo comprenda, sargento: un hombre se ha evadido del «Centro». Bien... digo evadido porque no sé cómo interpretar la ausencia del señor Kenmore...

—¿El señor Kenmore estaba en tratamiento?

—Sí, sí. Como su esposa. Ya sabe: Nora Kenmore, la mujer que... que salía para cantar...

Foundry asentía con movimientos de cabeza.

—¿Con seguridad el señor Kenmore no se encuentra en ningún lugar del «Centro»? —inquirió.

—Con toda certeza: de otro modo, no le hubiese enviado recado.

Personalmente, no entiendo muy bien al señor Kenmore... Si imagina que lejos de aquí, sin tratamiento, su proceso de readaptación puede seguir adelante, está en un grave error... Pero hay otra cosa, sargento: el señor Kenmore no se ha limitado a evadirse... Falta dinero de la caja de la administración; varios miles de dólares.

—Es... sorprendente, doctora... ¿Lo del dinero no puede ser debido a algún empleado que...?

—No, no... Nunca. Nosotros disponemos de un personal estrictamente seleccionado... Además, esa caja ha sido forzada; nuestros empleados de la administración no necesitarían recurrir a ese procedimiento. ¿Lo comprende? Ha sido forzada, y vaciada en cuanto a dinero. No han sido tocados papeles, documentos en general; solo dinero. Y el señor Kenmore huye. ¿Qué cree que podemos deducir?

—En apariencia, está claro: el señor Kenmore estudia la huida del «Centro» y piensa que para ir lejos necesita dinero. Y huye precisamente la noche después de haberse cometido un crimen en la casa de los Tilling.

Magnolia se humedecía los labios.

Seguía muy nerviosa.

—Primero, es la señora Kenmore quien de algún modo molesta a los Tilling; sufre un accidente, y muere. Luego, aparece el señor Kenmore, huyendo del «Centro», y deberíamos preguntarnos si existe una relación entre la marcha de los Tilling a New York, y la súbita huida del señor Kenmore.

Deberíamos preguntarnos también si el señor Kenmore pudo abandonar el «Centro» la noche del crimen en la casa de los Tilling...

—No sé... Tal vez; eso no puedo determinarlo yo. Los hechos, en lo que a mí y al «Centro» respectan, son estos: un hombre en tratamiento ha desaparecido tras robar la caja. Lo demás... usted es quien debe relacionarlo, sargento. Yo... solo quisiera pedirle algo: discreción. No sería una buena propaganda para nuestro «Centro»...

—Comprendo eso, doctora. ¿Ha pensado que el señor Kenmore, a menos que estemos muy equivocados, sigue a los Tilling?

—Admito que es forzoso pensarlo... Es un hombre en tratamiento, sargento. Sería muy difícil establecer hasta qué punto es responsable de sus actos...

El sargento Foundry se removió.

Magnolia Wolcott se puso en pie, diciendo:

—Para que lo comprenda mejor, traeré el expediente de los Kenmore, sargento.

Sólo tenía que ir a su armario electrónico, y pulsar un botón. Aparecía una caja metálica, y sobresalía un expediente, que la doctora Wolcott tomó. Regresó a su asiento, y abrió el *dossier*.

—Por supuesto, todos estos documentos son estrictamente

confidenciales, secretos —dijo Magnolia—. Creo, sin embargo, que pueden ayudar al señor Kenmore... si esa ayuda procede. El señor Kenmore y su esposa murieron a consecuencia de un virus cerebral, hace sesenta y cinco años. Para ser acogidos por nosotros, es obvio, así lo dispusieron antes, y sus cadáveres, en el momento de expirar, estaban ya preparados para la hibernación.

—Es la rutina, doctora; conocemos esos detalles.

—Descubrimos que el virus cerebral afectó en primer lugar al señor Kenmore. El virus contagioso hizo enfermar también a su esposa, y ambos murieron con muy poco margen de diferencia. Como comprenderá, hemos tardado... La ciencia ha tardado sesenta y cinco años en descubrir ese virus, y la forma de eliminarle; de ahí que tras la permanencia de los Kenmore en nuestra cámara de hibernación durante sesenta y cinco años, hayan vuelto a la vida, curados, con el virus destruido.

El sargento Foundry se acarició el mentón.

—Si estaban curados... —empezó.

—Curados de la enfermedad que les causó la muerte, sargento —dijo la doctora—. No obstante, lo que inspira serios cuidados en nuestros pacientes, son sus células. Contamos muchos éxitos, pero también fracasos, aún.

—¿Se puede considerar que fracasaron con los Kenmore?

—No, no... No es eso. Ocurre, tan solo, que nosotros aún no podemos pronunciarnos de un modo definitivo sobre el éxito. Sobre los Kenmore podemos decir que el proceso de readaptación era normal, positivo. Superaron bien la primera fase, en nuestras salas, abajo. Tenemos los medios necesarios para que sus células vayan despertando paulatinamente. Usted no ignora que las células tienen memoria propia...

—Sí, sé eso...

—Durante la hibernación, se aletargan. Hay que despertar esa memoria de modo lento, progresivo... De ahí nuestro tratamiento con aminoácidos, que... trasplantamos, por decirlo así, a los pacientes. Las células van adquiriendo su memoria, y, por ende, su función. Cuando fisiológicamente el paciente de la primera fase ha recuperado todas sus funciones, nosotros tenemos ya la seguridad de que es un hombre curado, y entonces se trata de readaptarle síquicamente.

—Entiendo. Primero, las funciones fisiológicas. Luego, devolverse su síquismo.

—Exacto. Abajo en los sótanos, son... automáticas aún... Por lo menos en el principio. Se va reconociendo paulatinamente. En la segunda fase, aquí, recuperan su control personal, se convierten en las mismas personas que eran. La última fase se realiza en la «Ciudad». Es una pequeña ciudad especial, donde las personas que conviven se adaptan a la vida del año actual, 2050.

Tras reflexionar un instante, el sargento dijo:

—Supongo que trata de sugerirme que los Kenmore, puesto que no habían cubierto la segunda fase, de encontrarse a sí mismos, no son totalmente responsables de sus actos.

—Es difícil de saber, no todas las personas tienen el mismo poder de recuperación. Por ejemplo, el señor Kenmore reaccionaba con mucha mayor celeridad que su esposa. Ello no quiere decir que el señor Kenmore se encontrase ya plenamente dueño de sus facultades síquicas.

—Bien. Parece, pues, que habrá dificultades para establecer la culpabilidad del señor Kenmore. No obstante, hay algo quizás más importante, no podemos permitir que el señor Kenmore, siga... matando.

—Por eso he querido hablar con usted, sargento.

—Ha sido una decisión correcta, doctora. ¿Me equivoco mucho al suponer que la actitud actual del señor Kenmore tiene mucho que ver con lo que fue antes de su muerte?

—Lógicamente, debería haber una correlación. Es decir, si el señor Kenmore ha matado, y ha robado, ahora, es un índice de que pudo hacerlo antes...

—¿Tiene datos sobre el señor Kenmore, antes de su muerte?

—Sí, desde luego. Por lo pronto, era hombre de fortuna. No importa ahora, supongo, la cantidad que depositó en el «Centro»...

—Pasemos por alto el dato, de momento. Siga doctora.

—Antes quisiera decirle que el «Centro» no admite para su curación y vuelve a la vida a personas que pueden ser indeseables en su segunda época, ¿me comprende?

—Creo que sí. Ustedes solo aceptan la hibernación de personas intachables.

—En efecto, pero hemos podido equivocarnos, quizás sea el caso del señor Kenmore. Este error nos incumbe. Y también la responsabilidad de lo que haga. Pero vayamos a los datos, el señor Kenmore era inspector de una gran empresa de transportes; un hombre que viajaba continuamente. Tenía su domicilio, y su esposa, en Aurora, Illinois, cerca de Chicago. El señor Kenmore supo invertir dinero, y obtener en pocos años una fortuna.

Parece ser que tenía gran suerte en la Bolsa.

La doctora Wolcott dejó de hablar.

—¿Y eso es todo? —inquirió el sargento.

—Pues sí. Por tanto, no parece probable que matase ni robara. Sargento, temo que, haya podido deslizarse un error, en la composición de las cadenas de aminoácidos que hemos inyectado al señor Kenmore. Es un error, casi imposible. Pero...

—De existir el error, sus células recuperarían una memoria equivocada, ¿no es así?

—Exacto.

—¿Y si el tratamiento ha sido correcto? —inquirió Foundry.

—En este caso, no sé qué pensar. Sin embargo, no quiero silenciar algo que me tiene preocupada, sargento. Se trata de una pregunta que me hizo el señor Tilling. Procuró estar a solas conmigo, y lo preguntó con... mucho misterio. Esa fue mi impresión, al menos. El señor Tilling se interesó por un hombre llamado Chester Duryea. Y en el «Centro» jamás ha ingresado un hombre llamado así.

El sargento esbozó una leve sonrisa; parecía entender.

—Doctora, ¿sugiere que el señor Kenmore puede tener una doble personalidad? —inquirió.

—¿Por qué no? Murió en 1985... He... he leído esta noche mucho sobre la época... Hubo un monstruoso resurgimiento de la delincuencia, en todos sus aspectos. Una desorientación total en la Ley, en el Orden.

—Así fue en efecto. Un río revuelto aquella época, sí. Digamos, entonces, que usted sospecha que el señor Kenmore, para su vida ordinaria, utilizó ese nombre. En cambio, para... para otra clase de vida, pudo utilizar el de Chester Duryea. ¿Es eso?

—Hay millares de precedentes, aunque en el «Centro» no habíamos tropezado con ese problema.

—Podría ser. Creo que con estos datos podremos evitar algún daño importante, doctora. Ha sido muy amable.

—Era mi deber. Pero, por favor, recuerde: muy confidencial... Yo, el «Centro» cumplimos una obligación.

—No se preocupe, doctora. Seremos discretos. Otra cosa: ¿qué puede ocurrir con el señor Kenmore, a falta de tratamiento? Recuerde cómo quedó su esposa.

—Lo recuerdo muy bien, Nora Kenmore, al morir por segunda vez sin posibilidad de congelarla inmediatamente, envejeció por un proceso lógico: la muerte recordó a las células que eran muy viejas, y esa vejez se manifestó de súbito, a medida que se destruían todas las células de unos cien años de edad.

—¿En cuanto al señor Kenmore?

—Es difícil... —vacilaba la doctora—. Sin su alimento, sin esos aminoácidos, las células del señor Kenmore pueden olvidar sus funciones. Puede perder la memoria, enfermar gravemente...

—¿Incluso morir?

—Desde luego.

—Trataremos de evitar lo peor, en cualquier caso. Temo que al señor Tilling puede ocurrirle algo. Al mismo tiempo, es necesario impedir que Kenmore actúe como, en apariencia, lo viene haciendo. Es una autodestrucción involuntaria.

Y el sargento se puso en pie.

Magnolia Wolcott le imitó. Dijo:

—Si encuentran al señor Kenmore, es imprescindible que regrese de inmediato al «Centro», sargento... Sólo nosotros aquí, en el «Centro», podemos establecer un diagnóstico cierto, sargento.

—Lo que puedo prometerle ahora, doctora Wolcott —dijo—, es que si detenemos a Kenmore, usted será avisada inmediatamente.

—Gracias. Me siento más tranquila, ahora.

CAPÍTULO 7

LO único que podía verse ya desde la ventana de aquella salita, donde estaba el señor Tilling, en su sillón, era el fugaz relámpago de los monorraíles; silenciosos y veloces. Muy al fondo, se veía aquella especie de alfombra llena de agujas, lecho ideal para un faquir, que era Manhattan,

Olivia entró en la salita, y dijo:

—No creo que el doctor Setton tarde mucho en venir, abuelo.

—¿Qué has hecho hoy, Olivia? Saliste, y no me has explicado...

—¿Has perdido sagacidad, abuelo? Es raro... Fuiste un gran policía.

—Tenía muchos años menos. Además, si tienes que decirme algo, no es necesario que... —He estado husmeando por las discotecas más antiguas de New York —dijo, cortando al señor Tilling, Olivia—. Cómo puedes suponer, buscaba un disco, una canción: «La Canción del Retomo».

Pareció nublarse un poco la mirada del anciano, se notó la crispación de su rostro.

—¿Y bien? —inquirió.

—He dado con él. Y... con su historia... No ha sido muy difícil.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué historia? «La Canción del Retorno» no pasa de ser vulgar, y...

—Estás equivocado, abuelo. O bien finges. Digamos que... artísticamente, ni la música ni la letra de «La Canción del Retorno» aportan nada nuevo, ni de valor, a la cultura musical. No es eso. Sin embargo «La Canción del Retorno» aporta algo nuevo, de una época, hace unos sesenta años. Tú, entonces, tendrías unos cuarenta años...

—Basta saber restar para llegar a esa conclusión —gruñó el anciano.

—Dejemos los números. Insisto en que esa canción marcó una época. Concretamente, la del retorno, o quizás recrudecimiento, de la delincuencia. He leído incluso una palabra muy significativa: «gangsterismo». Podemos decir, entonces, que «La Canción del Retorno» marca la época del recrudecimiento del «gangsterismo» en nuestro país.

—Sí. Siglo preguntando: ¿y qué?

—Tú te encontraste de lleno con aquella época.

—Por supuesto. ¿Se te ocurre algo más?

—Abuelo... ¿qué te pasa? Has tenido que reflexionar mucho, desde el momento en que apareció en tu ventana una mujer con esa canción en los labios...

—Tonterías. Esa mujer debía estar loca, era joven...

—Eso es cierto, y lo sabes. No puedo creer que hayas olvidado lo del

cadáver. Era una mujer de unos cien años, y procedía del «Centro de Readaptación. Una mujer vuelta a la vida. Mi conclusión es obvia, esa mujer te conocía. Te fue a buscar, te recordaba algo con esa canción. Y después de ella, aparece un asesino. Abuelo, pensamos lo mismo. Quieren matarte...

—Eso no tiene sentido...

—Y hasta he pensado sobre la probable razón: alguna venganza contra ti...

—¿Después de sesenta y cinco años? No recuerdo nada que pueda ser indicativo al respecto. No es más que absurdo eso que dices, Olivia. Es mejor que...

—No pienso olvidarlo —dijo Olivia, anticipándose a la expresión del señor Tilling—. Ni tú lo olvidarás, salta a la vista que desde la aparición de aquella mujer vives obsesionado.

—¡Me impresionó lo del cadáver...! Y luego, la muerte de Isabella. ¿Es tan difícil de comprender?

—Lo que mejor comprendo es tu miedo, y el hecho de que te ocultes, aunque no haya servido de nada. ¿O era una broma la llamada telefónica de esta mañana? ¿Quién era?

¿Qué te dijo?

—Era una broma. No era nadie.

—Pero tienes la pistola en el bolsillo.

—No es verd...

—La pistola no está en su sitio; la tienes tú, a mano. Quieres defenderte por ti mismo, eres un obstinado...

—¡Está bien, así es! Puedo hacerlo solo.

—Ya veremos. Espero todo el apoyo necesario por parte del doctor Setton.

—Le llamaré anulando la cita.

—Es un poco tarde, ¿no? No puede tardar en llegar.

—De todos modos, estás exagerando, Olivia.

—Sabes que no. Nunca habíamos estado en un desacuerdo tan total, abuelo.

—Porque quieres. Si me dejaras en paz, no habría desacuerdo, ni discusiones.

—Dejarte en paz, ahora, sería como abandonarte, dejarte solo. Y no pienso hacerlo. Hubo un hálito de ternura en las pupilas del anciano pero de inmediato volvió la niebla, el miedo.

—Yo también te quiero, Olivia; no puede ser de otro modo. Te he criado yo. Eras tan niña cuando murió tu madre. Me pregunto qué ocurrirá cuando él salga del «Centro». Ha sido curado de la enfermedad que le costó la vida... Y... ¿Qué te ocurre?

Olivia se estrujaba las manos en aquellos momentos.

—No sé... Nada. Imagino que al respecto no se deben tener ideas propias. Yo, me rebelo contra ciertas cosas, pese a todo...

—Olivia, es tu padre... Y es normal que la gente que tiene el suficiente dinero lo haga. Hay muchos...

—Sé que hay muchos. Pero no quiero seguir hablando de esto, abuelo. Lo inminente ahora es mi sospecha de que corres peligro. Insisto en que alguien quiere vengarse de ti.

Y...

—Prescindamos de cualquier tema de conversación. El silencio, ahora, es lo mejor entre nosotros —cortó el anciano. —Como quieras.

* * *

El auto descendió por la rampa del estacionamiento subterráneo y se detuvo junto a la cabina de un vigilante, que asomó una sonriente faz.

—Encantado por verle, doctor Setton —dijo—. Hacía tiempo que no aparecía por aquí. ¿Se trata del señor Tilling?

—Sí, Steve. Hasta luego, Steve.

—A la segunda planta, doctor.

—Gracias.

El auto siguió su descenso, por la rampa circular, hacia la segunda planta. Una vez ocupada su plaza, el doctor Setton se apeó, sin grandes prisas, y recogió su maletín. Era un hombre de más de sesenta años, pero de porte muy digno, elegante incluso.

Fue entonces cuando ocurrió.

El doctor Setton fue atrapado por sorpresa, sin el menor margen para la reacción.

Ni siquiera había visto al hombre que se había estado aproximando a él, por la espalda, con una dura herramienta en la mano derecha, que dejó caer con fuerza sobre la coronilla del médico, que se derrumbó al suelo exhalando un quejido.

El hombre del traje azul y camisa negra le agarró por las axilas, y tiró de él, hacia la portezuela del auto. Con algunas dificultades, pudo colocar al doctor Setton en el interior del vehículo. Luego, buscó en los bolsillos del propio doctor, y le amordazó con fuerza, con un pañuelo. Buscó por el auto, hasta encontrar unas cadenas que inmovilizaron al doctor Setton, aparte de que el trauma en el cráneo le privaría del conocimiento durante un buen rato.

Adam Kenmore se sintió por fin, satisfecho.

Y sonreía, mientras que sus negros ojos se mostraban feroces, un poco enrojecidos...

Ahora solo tenía que tomar el maletín, meterse en el ascensor, y subir.

Un ascensor rapidísimo le dejó en cuestión de segundos en la quinta

planta del edificio de apartamentos. Kenmore salió, y tras echar un vistazo en torno, se dirigió hacia la puerta. B. Llamó apretando el zumbador, y aguardó, con absoluta calma en sus facciones morenas, algo abotargadas.

—¿Quién es? —inquirió una voz, ampliada por algún aparato.

Kenmore casi respingó.

Tardó un segundo en reaccionar, dijo:

—Soy el doctor Barclay.

—¿El doctor Barclay? ¿No se equivoca? El...

—Sustituyo al doctor Setton, le es imposible venir.

Se hizo el silencio.

Kenmore sonreía levemente. Y, de pronto, frunció el ceño. Algo acudía a su mente. Alguna célula que activara, según decía la doctora Wolcott. Era extraño. Necesitaba algo. Un puro. Un buen puro, sí. Tabaco, un buen cigarro.

Cuando se abrió la puerta, Kenmore trató de parecer un hombre no solo amable, sino circunspecto, serio.

—Buenas noches, *miss* Tilling. En primer lugar, el doctor Setton me pidió que le disculpen...

—Pase, doctor Barclay.

Kenmore entró. Era un pequeño vestíbulo, con escaso mobiliario, y muy funcional. Reparó en que Olivia era una mujer bonita. Vaya, él tenía ciento tres años. ¿Así iban las cosas? Magnífico, magnífico...

—¿Cómo se encuentra el señor Tilling? —inquirió Kenmore.

—No sé. Venga conmigo. Está en la salita.

En aquel instante, se oyó un ruido sordo, algo fácilmente identificable, alguien había caído al suelo. Olivia y Kenmore cambiaron una mirada. Había alarma en los ojos de Olivia, y Kenmore procuró amoldarse a las circunstancias.

—Corra, doctor —musitó Olivia.

Y Olivia, aturdida, asustada, corrió por delante de Kenmore hacia la salita. Llegó antes que Kenmore, y este oyó la exclamación de Olivia, que se había detenido, mirando al señor Tilling, que estaba en el suelo, de bruces. Olivia, retorcidos los nervios, apenas acertaba a hacer algo.

Fue Kenmore quien dijo:

—Permítame, *miss* Tilling.

—Oh, sí desde luego...

Kenmore se acercó al señor Tilling. Le miró de un modo raro, se le enrojecían los ojos. Por fortuna, le daba la espalda a Olivia. Por fin, Kenmore se inclinó. Sentía ira en aquellos momentos. El señor Tilling parecía muerto. Y no. No debía ser ese el final de aquel hombre.

Lo único que podía hacer Kenmore era averiguar si Tilling estaba realmente muerto, el pulso, el cuello, el calor del cuerpo...

—Doctor... —oyó.

Giró un poco, mirando a Olivia y dijo:

—Vive. No se preocupe, nada ocurrirá.

—Se... debió caer al ponerse en pie. Un desvanecimiento —dijo Olivia.

—En efecto.

Kenmore, mientras había tomado el pulso a Tilling, y le estuvo dando la espalda a Olivia, realizó una rapidísima operación, tomó la pistola que empuñaba el señor Tilling. Para Kenmore, la explicación era obvia, y divertida incluso: Tilling loco de terror, se había puesto en pie, empuñando el arma, al reconocer la voz. Y el miedo le sumió en la inconsciencia...

—Ayúdeme, *miss* Tilling. Le trasladaremos a su lecho —dijo Kenmore —. Vea si puede sostenerle agarrándole por los pies.

—Sí, podré, no se preocupe...

—Vamos entonces.

Entre ambos, con Olivia agarrándole por los pies, y Kenmore por las axilas, trasladaron al anciano Tilling a su dormitorio. El anciano fue depositado en el lecho.

—Iré por mí maletín —dijo Kenmore.

—Yo sé lo traigo...

Olivia, con movimientos muy nerviosos, fue en busca del maletín, mientras Kenmore echaba un vistazo al cuarto, y asomaba rápidamente al pasillo. Oyó regresar a Olivia y fingió prestar atención a Tilling. Ella dejó el maletín sobre el lecho, y se estrujaba las manos. Kenmore la miró de soslayo primero, y luego a los ojos, irguiéndose.

—Trate de tranquilizarse, *miss* Tilling —dijo.

Kenmore abrió el maletín, y extrajo algunos objetos totalmente desconocidos para él. En el fondo, distribuidos en estuches amoldables a los frascos, había varios de ellos. Abrió uno y tomó tres pastillas.

—Tómese esto ahora mismo, *miss* Tilling —dijo.

—Pero...

—Por favor. Puedo necesitarla para algo, y su actual estado nervioso no es el más apropiado para ser una ayuda eficaz.

Olivia se pasó una mano por la frente. Tomó las pastillas, y tras una corta vacilación salió del cuarto, dejando al señor Tilling en manos de Kenmore.

Por supuesto, Kenmore comprendía muy bien que no habían podido salir mejor las cosas.

Lo único que tenía que hacer era esperar un poco, solo un poco. Miraba con rara expresión al señor Tilling. Oyó regresar de la cocina a Olivia, pero no se movió.

CAPÍTULO 8

ACERCANDOSE a Kenmore, Olivia notó que el falso doctor no se movía, no hacía nada... —¿Qué ocurre, doctor? ¿No puede hacer algo?

—Hay que esperar.

—¿Esperar? No le entiendo. Debe perdonarme, pero llamaré por teléfono al doctor Setton. No es que dude que su competencia. Es... es... es que...

Olivia notaba un velo muy espeso en su cerebro.

Era extraño. Un sueño invencible.

—¿Se siente bien, *miss* Tilling?

Y vio la sonrisa de Kenmore, los ojos enrojecidos de este, la malignidad de aquella expresión. Y reparaba por fin en otros detalles. En el raro vestuario de aquel hombre. Pero lo veía todo entre brumas espesas, que lo envolvían, como si estuviera entre telarañas con vida propia, que jugasen a liarla, a envolverla. Las pupilas de Olivia estaban dilatadas pese al sueño, aún comprendía algo, con horror.

Tenía que huir, tenía que salir de allí, y llamar a la policía. Tenía que avisar...

Sus movimientos, cuando quiso girar, eran muy torpes, los ojos se le cerraban, solo quedaba en su cerebro una reminiscencia de miedo; era lo único aún vivo, latente. Tenía que salir de aquel encierro. ¿Qué era aquello?

Olivia, aturdida por la dosis de somnífero, estaba tratando de atravesar la pared. Luchaba inútilmente, hasta que, dormida profundamente, caía de espaldas. Kenmore la agarró, y la sacó de aquel cuarto. La trasladó, en brazos, al dormitorio de la propia Olivia. La dejó en el lecho, y regresó junto a Tilling, quien aún no daba muestras de recuperación.

Kenmore parecía un hombre paciente, a la espera. Miraba con mucha fijeza a Tilling, aguardando el primer movimiento de este, la primera señal de recuperación.

De pronto, el anciano señor Tilling realizó un leve movimiento.

Y Kenmore, entonces, se movió. Simplemente, para dejar a oscuras el piso. También cerró la ventana, de modo que no penetrase claridad alguna.

En la oscuridad, Kenmore esperaba.

Notó que aumentaba el ritmo de la respiración de Tilling, hasta que se normalizó. Luego, una voz débil, ronca:

—Olivia... Olivia...

Kenmore no despegó los labios.

—¿Dónde... dónde estoy...? La luz... No funciona... ¿Dónde estoy?
Silencio.

Un denso silencio.

El viejo Tilling parecía querer salir del lecho, a juzgar por los crujidos. Además, debió recordar lo último que vio estando consciente, porque su voz sonó, apagada, trémula:

—Duryea... ¿Estás aquí?

Kenmore, entonces, desgranó una risa leve, sardónica, que erizó el vello del señor Tilling.

Y dijo:

—Estoy cerca; muy cerca, Tilling...

La respiración de Tilling se hizo más agitada.

—¿Qué esperas para matarme? —inquirió.

No había respuesta.

Tilling, tanteaba, acercándose a la puerta. Tenía el rostro brillante a causa del sudor, sus manos mostraban un violento e implacable temblor.

—¡Duryea! —gritó.

No había respuesta. Llegó al dintel de la puerta, tanteaba el marco. Tocó el interruptor de la luz central, pero no ocurrió nada, siguió la impenetrable oscuridad.

—Duryea... ¡Responde, maldito!

Sólo existía el silencio. Bajo el marco de la puerta, Tilling, desorientado, hizo un esfuerzo por serenarse.

—¡Sé que no te has ido! —dijo, con aquel ronco soplo de voz que le quedaba.

—No. Estoy muy cerca —dijo Kenmore Duryea.

—Voy a... Voy a...

—No te molestes en buscar la pistola. La tengo yo.

—¿Y qué esperas para disparar? —inquirió Tilling.

—No pienso hacerlo, Tilling. Te confesaré mi propósito. Quiero matarte de miedo. Oigo agitarse tu cuerpo. En realidad, es la única muerte segura para ti. Me consta que la ciencia ha avanzado lo suficiente para que la muerte sea solo algo relativo. Pero dudo que puedan curar a alguien que ha muerto de miedo. Tilling: estoy a tu espalda ahora. Y, por si acaso, estoy empuñando un cuchillo.

Tilling respingó. Giró, adelantando las manos agitadas, como si con ellas tratase de detener un golpe mortal del acero.

Quedó en el centro del pasillo, sin ver nada, sin oír a Duryea. Sólo con aquella amenaza sobre él...

—Olivia... ¡Olivia! —llamó.

—Está profundamente dormida —se oyó la voz de Duryea.

—Las has matado...

—En absoluto. Impedí que pudiera estorbar, eso es todo, Tilling. Tú y

yo estamos bien a solas. ¿O no te sientes a gusto? ¿Cómo es posible que aún vivas, Tilling? ¿Tendré que utilizar el cuchillo? No me busques ahora a tu espalda. ¿No localizas mi voz?

Tilling giró sobre sí mismo, espantado.

Era cierto, sentía terror ante la idea de que en cualquier momento inesperado, y sin más palabras, Duryea le clavase el acero. En la oscuridad, creía ver brillar la hoja...

—Confíésalo, Tilling —sonó de pronto, la voz de Duryea, desde otra posición—: Jamás sospechaste que esto llegara a ocurrir. ¿No es así? ¿Qué pensaste ante mi desaparición?

—No sé... Pensé que habías muerto. ¿Dónde estás, maldito?

Se oyó una risa sorda, que hizo cerrar los ojos a Tilling, que iba tanteando la pared del pasillo, notando las puertas cerradas. Estaba encerrado con Duryea en un recuadro no muy grande. Y era mentira que quería matarle de miedo. En cualquier momento, el cuchillo caería sobre él. ¿De frente? ¿Por la espalda?

—Tu actuación no fue muy correcta, Tilling. Hace sesenta y cinco años de esto, pero para mí es como si hubiese ocurrido ayer. Me gustaría explicarte muchas cosas que he vivido en los últimos días, pero temo que no tendrías tiempo de oír mi relato completo. Ciñámonos a los hechos, pues. Me convertiste en el hombre-rata. ¿Recuerdas? Quiero decir que por tu culpa mis últimos días de... mi anterior vida, fueron más de rata que de hombre.

De Tilling solo se percibía su respiración, que era un buen punto de localización para Duryea.

—¿No dices nada, Tilling? Bien, supongo que ya sabías lo que podía ocurrirme. Como te he dicho, tuve que huir, después de perderlo todo, de verme obligado a abandonarlo todo, casi arruinándome. Fue una huida espeluznante. Por la peor basura, por toda la miseria de las cloacas inundadas. Conviví con ellas, pero son animaluchos repugnantes, sarnosos, enfermos. Allí empecé a sentirme mal; muy mal. Ni siquiera sé cómo pude llegar a Aurora, Illinois. Pero tú no sabías nada de eso, claro. Tú solo sabías de mí que era un *gangster* con mucho poder...

—Te busqué, Duryea... —se oyó el susurro de Tilling.

—Mentira. O, en todo caso me buscarías para darme el tiro de gracia.

—No, no...

—Cállate. Sé lo que digo; sé todo lo que sucedió. Pero déjame que siga con el relato de... mi muerte. Llegué a Aurora en muy mal estado. Tú ignorabas que yo, como mucha gente, tenía a mí espalda una vida aparentemente honorable. Y yo estaba casado con Nora... ¿Viste a la pobre Nora? Se desnucó por cantarte una canción. Nuestra canción. «La Canción del Retorno». Nuestra época. La canción te hizo recordar, ¿verdad?

—Sí... No quería admitirlo, pero...

—Lo comprendo. Tu sorpresa debió ser enorme. Para ti, esa canción, era realmente un retorno de algo que, sin duda, estaba enterrado en tu mente. Me divertí obligándole a mí mujer a cantártela. Pobre Nora. Ella supo demasiado tarde que solo era la esposa de un *gangster*; que su vida cómoda, apoltronada, no la debía al honesto trabajo de Adam Kenmore, inspector de una empresa de transportes, sino a un *gangster* sin escrúpulos llamado Chester Duryea. Pero no me porté mal con ella, no. Le di la posibilidad de volver a vivir. Teníamos contratada la hibernación, y, en perspectiva, una vida feliz por delante, sin que nadie tuviese la más remota idea de que volvía el *gangster* Duryea...

—Pudiste seguir así, Duryea. Tu mujer no habría muerto.

—No lo entiendes, Tilling. Mi último pensamiento al morir, fue para ti. Y... cuando empecé a identificarme, el primero fue también para ti. En el intermedio de sesenta y cinco años, queda un lapso oscuro. Supe que estabas en Oneonta; que tienes un hijo allí.

El pequeño Jonathan...

—El nada tiene que ver con todo, Duryea...

—¿No? Mejor para él. Yo solo quiero juzgarte a ti, vengarme de ti.

—Mátame, entonces...

—Quiero que mueras de miedo, ¡aterrado! Nadie te curaría de ese susto. No puedo hacerte vivir en unas horas toda la angustia y el terror, y el asco, y la miseria, que pasé yo en las cloacas de New York, acosado, perseguido. No puedo. Sin embargo, quiero que sepas qué es el miedo. ¡Quiero que lo sepas!

Tilling notaba que le abandonaban las fuerzas. Había dejado de oírse la voz de Duryea, y el anciano volvió a su idea de entrar en la salita, como fuese. Si conseguía alzar el teléfono, ya era una posibilidad. Pero sus manos, sus malditas manos, rozaban con todo, se agitaban produciendo rumores...

—Tilling; da dos vueltas sobre ti mismo, y luego camina hacia la izquierda.

—Quieres desorientarme... —jadeó Tilling.

—Magnífica deducción. Quiero verte vagar por aquí. Quiero que te pierdas en este pasillo...

—Estás loco, Duryea.

—Es posible. Las ratas me hicieron enfermar; un virus en los sesos, decían. Y contagié a la pobre Nora. Sí, puede que esté loco. Pero me he jugado mucho por llegar hasta aquí. He huido del «Centro». No sé hasta qué punto esto puede influir en mi recuperación. Tuve que robar también, para poder moverme con libertad. Nada difícil para mí...

Tilling, de pronto, se sintió aferrado por un brazo, soltó un ronco grito de sorpresa, de espanto. Lo único que ocurrió fue que dio varias vueltas, sin poder ofrecer resistencia a Duryea. Luego fue empujado.

Resollando, desorientado, en silencio entonces, tanteaba para identificar la zona en que se encontraba.

Tilling estaba estremecido, encogido. Estaba seguro; el acero caería sobre él en cualquier momento.

En aquel mismo instante, algo hizo saltar sus nervios. Un sonido discreto, proveniente de un lugar a su espalda, por tanto, Tilling supo entonces que se encontraba de espaldas al vestíbulo, y que alguien estaba llamando a la puerta del apartamento.

Moviéndose en silencio, bien orientado Duryea se acercaba al vestíbulo, a la puerta.

—Soy el sargento Foundry... —oyó a través de la madera.

—Señor Tilling, habla el doctor Setton. ¿Está bien?

Duryea empezó a retroceder.

Sonaban golpes en la madera en aquellos momentos.

El *gangster* retrocedió, con mayor rapidez. Comprendía que recurrirían a cualquier procedimiento para derribar aquella puerta. Entonces, sintió prisa por terminar, por acabar con Tilling. Le dejaría de tal modo, que la ciencia se vería impotente para reconstruirle...

Llegó a la mitad del pasillo.

—Tilling... Tilling, ¿dónde estás? ¡Tilling!

Tras un instante de inútil búsqueda, Duryea comprendió la jugada de Tilling; habría encontrado una puerta, estaría oculto. Y él no podía perder el tiempo buscando. Notaba algo en la puerta, quizás estaban forzando la cerradura.

—Tilling, volveré muy pronto...

Lo masculló con rabia, saltones los ojos.

Luego, se metió en la habitación del propio Tilling, cerrando por dentro. De todo lo estudiado, solo podía utilizar la ventana de aquella habitación para huir por los interiores de aquella manzana...

Había sido un chasquido, y la puerta se abrió, penetró en el vestíbulo la luz del rellano. Luego, tres hombres, casi al unísono, irrumpieron en el piso. El sargento Foundry accionó el interruptor, pero no se encendió la luz.

Dijo:

—Debe ser algún fusible, Honiss. Solúcionalo.

—Bien, sargento.

Luego, Foundry miró al hombre que le acompañaba.

—Temo que hemos llegado tarde, doctor... —musitó.

—No comprendo aún lo ocurrido...

Foundry no le hizo mucho caso, tenía prisa por encontrar a los Tilling. La primera noción, fue el suave movimiento de una puerta, unos rumores de agitación. Luego, de súbito, se encendió la luz, deslumbrando a todos los presentes. Tilling salía de una habitación, el doctor Setton estaba en la

entrada del pasillo, y el policía era quien más cerca se encontraba de Tilling, que tenía un aspecto fantasmagórico, muy alarmante por su palidez, por aquel sudor de angustia, por aquella agitación de todo su cuerpo.

De súbito, empezaron a hablar. Todos. Y al mismo tiempo.

Fueron unos instantes de confusión, que cortó el policía.

—¿Dónde está ese hombre, señor Tilling? Sabemos que está aquí, o lo sospechamos, porque atacó al doctor Setton...

—N-no... sé... E-estaba aquí...

El sargento miró al detective Honiss, y dijo:

—Por alguna ventana, no hay duda. Echa un vistazo. Llama a las patrullas. Que rodeen la manzana. Por el circuito de televisión, lanza la imagen de ese hombre. No ha de escapar.

Date prisa.

Honiss se puso en movimiento de inmediato.

Mientras, el doctor Setton se ocupaba del señor Tilling, a quién había sentado en un sillón de la salita. Mientras el doctor reconocía a Tilling, el sargento Foundry, hizo el descubrimiento de Olivia, que estaba sobre el lecho, completamente vestida, bajo un sueño bastante profundo aún.

Trató de reanimarla, pero solo consiguió que Olivia gimiera, adormilada, revolviéndose un poco.

Oía a Honiss hablar por radio. Luego, se unieron ambos en el pasillo.

—Salió por una ventana, sargento, en efecto —dijo el detective—. No he podido verle, pero estoy seguro de que se encuentra aún en algún interior de esta manzana. Ya he avisado a los demás servicios.

—Bien...

Pasaron a la salita. El doctor Setton mostraba una expresión muy grave en aquellos momentos, pero se mantenía hermética. El señor Tilling no mostraba señales de recuperación; cada vez parecía más débil.

—¿Cómo está, señor Tilling? —inquirió el sargento.

—Es preferible que no le molesten mucho... —musitó el doctor Setton.

—¿Dónde... dónde está Olivia? —inquirió, débilmente, Tilling.

—Está dormida.

—Le... le dio un somnífero... —dijo Tilling.

—¿Podría contrarrestar los efectos, doctor? —inquirió Foundry.

—Lo intentaré. Supongo que mi maletín estará por aquí.

—Se lo traigo —dijo Honiss, y salió de la salita.

CAPÍTULO 9

EL descenso de Duryea se producía con notable seguridad, además de rapidez. Incluso daba la impresión de que aquel hombre ignoraba el peligro en ocasiones. Llegó a ver, cuando ya estaba sobre una azotea interior, casi en el fondo, la ventana por la que asomaba un hombre, se ocultó, y no observó más signos de peligro.

Duryea sabía muy bien que la policía daría orden de rodear aquella manzana; por consiguiente, su única posibilidad de salir de allí consistía en imprimir la mayor celeridad posible a su fuga.

Caminó por el borde de aquella azotea, bastante grande, con una claraboya en el centro, cristal muy grueso, que no permitía ver qué había debajo, pero Duryea calculó que muy bien pudiera encontrarse encima del parking.

En un ángulo de aquella azotea había una escalerilla metálica, para servicios.

Empezó a descender, mirando hacia el suelo, oscuro, a sus pies, sin que, al parecer, hubiese un punto de escape.

No obstante, a su derecha, a menos de una yarda de distancia, había una pequeña ventana, cuya hoja abatible estaba solo bajada a medias, y sujeta con unas cadenillas al marco. Aferrado a las escalerillas Duryea se inclinó lo suficiente para poder echar un vistazo por aquella ventana.

En efecto, vio parte del estacionamiento, vio algunos autos, alineados.

Por lo demás, alargando el brazo tocaba el marco de la ventana, con holgura, sin el menor esfuerzo. Por tanto eligió la ventana; se aferró con una mano al marco, y se soltó de la escalerilla, osciló unos instantes, pegado a la pared, con la oscuridad debajo, pero luego pudo izarse hasta el marco, a pulso. Era fácil quitar las cadenillas, para que la hoja abatible de la ventana dejase el marco completamente libre.

Y allí estaba Duryea, de rodillas en el marco, jadeando, mirando todos los rincones de aquella planta de estacionamiento.

Por fin, decidió saltar a la planta.

No era un salto importante, solo que cuando sus pies tocaron el suelo, resonó el chasquido en la silenciosa planta.

Duryea se fue irguiendo, mirando en torno, espionando la entrada de la planta.

Lo único que veía eran los automóviles, la mayoría pequeños, con un diseño que no conocía. De todos modos, en la mente de Duryea las cosas se simplificaban, aquellos autos tenían carrocería, ruedas y volante, como los

de sus tiempos. Y se suponía que también frenos. Por tanto, ¿dónde estaba el obstáculo para manejarlos?

Para su mentalidad había uno que respondía, en parte, a esas características; era más grande que la mayoría, y pintado de negro.

Duryea se deslizó hacia el auto, y empezó a manipular con la portezuela.

Respingó; giró velozmente, contraído el rostro, cuando oyó aquella voz: —¿Qué hace usted? Deténgase.

Duryea achicó los ojos, pareció detener el fulgor de sus pupilas con aquel gesto.

Mientras, el tipo avanzaba hacia él. Sí, era el vigilante, Steve. El hombre que había hablado con el doctor Setton. Además, con toda probabilidad, aquel Steve era quien había dejado en libertad a Setton, con las consecuencias últimas.

—¿Quién es usted? —inquirió Steve, ya muy cerca de Duryea, y mirándole con extraña expresión.

Una aprensión que nacía sin un motivo definido.

—Voy a llamar a la policía... —musitó.

Se desencadenó la ira de Duryea. Había extraído disimuladamente la pistola, y cuando Steve giraba, con el deseo de correr a llamar cuanto antes a la policía, se abalanzó sobre él, descargando golpes violentísimos contra el cráneo de Steve, con el cañón del arma.

Al principio, pareció existir un conato de resistencia por parte de Steve, pero cesó cuando los golpes le aturdieron, cuando el dolor le llenaba los ojos de lágrimas.

Sumido en la semiinconsciencia, trató de aferrarse a las rodillas de Duryea, pero este le apartó a golpes, hasta dejarle tendido en el suelo, de cara a la claraboya del techo, sin sentido, y con sangre en el rostro; sangre que manchaba también los pantalones de Duryea.

Tras deshacerse del vigilante, Duryea volvió al coche. Abrió la portezuela, y se introdujo en el vehículo, observando la distribución de los mandos, volante, frenos, no había palanca de cambios, y sí indicadores que no comprendía.

Las llaves de contacto funcionaron, casi sin ruido.

Puesto que notó que podía conducir aquel auto, no analizó más. Manióbró enfilándolo hacia la rampa de salida.

Estaba en mitad de la rampa, cuando Steve, que empezaba a recuperarse, sacudiendo la cabeza, se erguía, para luego, trastabillando, un poco mareado aún, correr hacia el teléfono y realizar una llamada.

Por su parte, Duryea se encontraba ya a la vista del exterior. Ignoraba si el sargento Foundry había tenido tiempo de dar órdenes concretas, pero eso no le detuvo. Por el contrario, lo que hizo fue pisar a fondo el pedal de aceleración, y el auto, con una fuerza que sorprendió a Duryea, pareció

volar hacia la calle.

Se encontró, casi de súbito, en mitad de la calzada, y maniobrando con rapidez con el volante, para cambiar de dirección, puesto que corría el riesgo de estrellarse contra los edificios de la acera de enfrente. Se situó correctamente, y volvió a pisar a fondo.

Oyó, entonces, rumores, muchas luces iluminaron casi como si fuese de día la avenida...

Vio movimientos de gentes, policías...

Algunos autos ya se ponían en marcha, detrás suyo.

Duryea no se alteró demasiado por eso; apretaba los dientes, eso sí. Se repetía la historia de 1985: acosado, como un perro...

Tal vez en aquella ocasión su suerte sería distinta...

Rio entre dientes cuando, por el espejo retrovisor, vio que ganaba terreno. Quizás la velocidad que imprimía Duryea al auto estaba impresionando a los policías.

Y por la avenida del Sur, hacia el río Harlem, estaba llegando a uno de los puentes sobre el río. Se metió en uno de ellos, y se desencajó su faz cuando vio, por la otra punta, la entrada de un auto policial, con su luz giratoria. Las potentes luces de aquel coche estaban cegando a Duryea.

Como si le hablasen a su lado, oyó por sistema de altavoces, la voz:

—Frene, Kenmore. Deténgase. Y apéese, saliendo con las manos en alto.

Por lo pronto, el auto que tenía de frente, había aminorado la velocidad, y se cruzó en el puente, de modo que el paso era imposible.

Y el choque, por supuesto, mortal.

—Deténgase, Kenmore. ¡Alto!

Duryea, apretados los labios, pensó que podía intentarlo por segunda vez. Le estrujaba el cerebro, rabiosamente, la idea de haber dejado con vida a Tilling, quizás no volviera la oportunidad; quiso retinar mucho su venganza... En otros tiempos, le hubiese clavado seis balas en las tripas, sencillamente.

Lo que hizo fue frenar, sí. Y salió del auto, pero no precisamente despacio, ni con las manos en alto. Dos segundos después de apearse, estaba sobre la baranda del puente metálico. Abajo, las aguas discurrían con fuerte rumor; aguas sin contaminación, limpias como el aire de la ciudad.

—¡Basta, Kenmore, entréguese!

Saltó.

Un salto importante, pero con un poco de suerte podía salvarse. Se produjo un fuerte chapoteo en el agua. Al instante, aquella zona del puente se llenó de policías; las luces enfocaban las aguas desde diversos puntos. Aunque empuñaban armas, nadie había hecho fuego. El oficial encargado de la captura, dijo:

—Hay que detenerle con vida. No hagan uso de las armas a menos que

corra riesgo la propia vida. Avisen al sargento Foundry, de Oneonta. Está en Essex County Ave. Al mismo tiempo, que se desplace un equipo de hombres-rana. No hay que conceder a Kenmore el menor resquicio para la fuga. Dense prisa.

Desde los coches, con el perfecto sistema de comunicaciones, y colocando en pantalla de los televisores las imágenes de aquella zona, recibidas por otros autos de los policías, fueron transmitidas todas las órdenes e instrucciones. El cerco, por supuesto, no dejaba grieta alguna.

* * *

Las orillas de Harlem, separación entre Bronx y Manhattan, eran de cemento en unos tramos, con pequeños muebles, y en otras zonas eran jardines, o algún descampado. Manhattan, al sur, en la orilla derecha, parecía un gigante que se había alzado amenazador.

Las dos orillas estaban llenas de policías, de focos móviles y linternas, que barrían casi por completo la oscuridad.

Dos policías, muy atentos, con sendas linternas, estaban recorriendo una zona con descampado, observando el agua.

—Ese tipo es un suicida... —decía uno de los policías.

—Ya se conocen sus antecedentes. Fue un *gangster*.

—Y lo sigue siendo, al parecer... No me gusta la idea de tener que tratarle con guante blanco. Debe tener recursos...

—De todos modos, no puede escapar. Allí hay un promontorio que puede servir de escondite si ha salido del agua.

—Ha podido matarse en el salto; no le hemos visto en la superficie.

—Veamos, de todos modos.

Los dos policías se acercaron al promontorio. Parecía no haber nada, nadie. No se percibía un solo rumor. Dieron un corto rodeo, y cuando parecía que iban a pasar de largo, uno de los policías, de pronto, notó algo raro; veía algo extraño.

Veía un par de luces enrojecidas, a corta distancia; dos ojos terroríficos, inyectados en sangre; un par de ojos fijos en él. Un hombre acurrucado en un pequeño hueco del promontorio; un hombre oscurecido por la humedad del agua, cansado, en peligro, acosado...

—¡Allí! —casi gritó el policía.

Los dos agentes, entonces, armas en ristre se acercaron al pequeño hueco. La luz incidía de lleno en el impresionante Kenmore, que no se movía; parecía paralizado por algo, solo sus ojos mostraban una extraña vida, una estremecedora luz...

—Salga de ahí, Kenmore... Vamos, salga, y con las manos en alto.

Kenmore no respondió.

Tiritaba en aquellos momentos.

Y supo ocultar su risa, su malignidad, cuando los dos policías, tal vez confiados, se acercaban a él.

Uno de ellos, más imprudente, se acercó demasiado.

Kenmore, entonces, dejó de fingir temblor; y dejó de permanecer acurrucado, para erguirse, de pronto, con el cuchillo en la mano; con aquel cuchillo que debió hundir media docena de veces en la espalda de Tilling.

Y destelló la hoja, mientras Kenmore emitía un gruñido de ferocidad, saltando contra el policía.

—¡Cuidado...!

La voz de alerta permitía que el agente atacado realizara un brusco movimiento defensivo, con lo cual el terrible golpe que asestó Kenmore no fue todo lo efectivo que este esperaba; cierto que el acero encontró blanco, pero solo fue un desgarró en el hombro izquierdo del agente, quien quedó un tanto aturdido, dolorido, con el brazo izquierdo inmóvil.

Kenmore, rabioso, fue a repetir, pero entonces le atacaba por la espalda el segundo agente; lo percibió, y con las fuerzas de la desesperación, con la presencia en su cerebro de las vivencias de su acoso en las cloacas, se revolvió con fiereza, y lanzó un golpe de cuchillo, a media altura.

Notó que la hoja se hundía, el policía lanzó un grito gutural con dos pulgadas de acero clavadas en su costado derecho.

Kenmore quiso acabar de una vez, pero el otro agente disparaba contra él, comprendiendo que de no detenerle a balazos la vida de su compañero se esfumaba. Y, en efecto, disparó dos veces, alcanzando a Kenmore en la espalda.

Kenmore, arqueado, vacilante sobre sus pies, se volvía, con los ojos saltones.

El policía herido en el costado estaba en el suelo.

Kenmore lanzó el cuchillo contra el otro, y, aunque sin eficacia, consiguió impedir que el agente disparase de nuevo contra él. No obstante, Kenmore, con aquellos terribles ardores en la espalda, donde habían penetrado los proyectiles, se sintió morir... La debilidad se acentuaba por momentos, y solo tenía un punto de escape.

Sin vacilaciones, corrió hacia el agua, y se zambulló.

El policía herido en el brazo corrió hacia su compañero.

—¿Cómo estás? —inquirió.

—No... no creo que sea importante... La radio, ¡corre!

El agente extrajo la radio del bolsillo.

—¡A todos los patrulleros, atención! —empezó—. Localizado en el promontorio junto al jardín de Lincoln. Se ha arrojado al agua; está herido. Los nadadores pueden localizarle fácilmente. Hagan llegar una ambulancia a esta zona; nosotros también estamos heridos. Corto.

Y vacilante, mientras el herido en el costado seguía en el suelo muy mareado, el policía, con las dos linternas, alumbraba la superficie de aquel

tramo de río.

Pronto empezó a llegar más personal de la policía; los nadadores estaban llegando, rodeando la zona...

Había momentos en que parecía que por la superficie del río asomaban aletas de feroces tiburones; las dos orillas estaban llenas de gente, escrutando la superficie, en tensión.

Uno de los nadadores, perfectamente equipado para una larga permanencia en el agua, por si se prolongaba la búsqueda, había visto ya aquella cabeza que aparecía y se hundía, alternativamente.

Nadó hacia allí; era un hombre potente, habituado al agua. Cuando estuvo solo a unas yardas de Kenmore, fue visto por este, quien se hundió de nuevo, tratando de huir, de alejarse; no obstante, su rapidez era nula, sus esfuerzos cada vez más dolorosos; su debilidad, patente.

El nadador de la policía, por debajo del agua, con su luz en la frente, le atrapó en cuestión de segundos.

Kenmore se sintió aferrado por los cabellos, y le izaban; no obstante, como si fuese un pulpo, se aferró con brazos y piernas al cuerpo del nadador, consiguiendo incluso arrastrarle un poco hacia abajo.

Fue una lucha sorda, extraña, entre dos aguas; cuando llegaban otros nadadores.

De pronto, el que luchaba con Kenmore notó que quedaba libre; vio a Kenmore, abierto de piernas y brazos, flotar un poco entre las aguas, para luego empezar a hundirse.

Entre tres de aquellos hombres, profundizando un poco, le alcanzaron, e instantes más tarde sacaban a Kenmore a la superficie.

Y allí, entre luces; suficientes para ver el rostro de Kenmore, se dieron cuenta de lo que sucedía: entre las heridas en la espalda y la permanencia bajo el agua, había dejado la vida; los ojos de Kenmore, eran como abismos negros con atisbos rojos, muy velado todo... Un rostro hinchado, morado...

Fue trasladado al promontorio, donde estaba reunida mucha gente. Le sacaron del agua, para tenderle en tierra. Se puso a trabajar de inmediato un equipo de socorro, pero era cuestión de segundos comprender que cualquier auxilio era tardío, inútil.

Y fueron poniéndose en pie, mirando el cadáver.

En silencio, impresionados.

—No se extrañen —dijo el oficial, en susurros—. Ya... ya lo saben, ¿no? Ese hombre ya murió una vez... Algunos tragaron saliva.

—Sólo falta la llegada de la ambulancia, y la presencia del sargento Foundry. Los demás, regresen a sus puestos; los nadadores han concluido el servicio.

Se fue retirando gente.

Poco después, quedaba el oficial, con dos agentes, custodiando el

cadáver.

Y, total, no era mucho el tiempo transcurrido. Uno de los agentes respingó, soltó una exclamación.

—¡Miren eso! —casi gritó.

Las miradas del oficial y el otro agente se posaron en el cadáver de Kenmore-Duryea.

Miradas atónitas, que expresaban incomprensión.

El pelo de Kenmore, de momento, era gris, y sus facciones se iban arrugando.

Tres pares de ojos, de hierática mirada, estaban fijos en aquel cuerpo.

Casi se arrugaba, se encogía, a la vista.

Sólo les distrajo de la contemplación la llegada del sargento Foundry, que saltó del auto, y corrió hacia donde estaban los tres policías con el cadáver de Kenmore.

—E-está envejeciendo, sargento... —susurró el oficial.

—Sí, lo sé... Dentro de una hora o dos tendría sus ciento tres años reales... Es mejor que sea introducido de inmediato en una ambulancia, y trasladado a Oneonta. Es probable que sea de utilidad al «Centro de Readaptación» de hibernados... aunque dudo muchísimo de que esas células que van muriendo vuelvan a tener vida...

—Parece ya que tenga setenta años...

—Ahí llega la ambulancia.

Se percibieron suspiros de alivio, y un relajamiento de la tensión, cuando el cadáver del anciano fue metido en la ambulancia, que partió de inmediato, siguiendo las instrucciones del sargento Foundry, hacia Oneonta.

—Bien, hemos terminado —murmuró el sargento Foundry.

CAPÍTULO 10

LA voz del doctor Setton, en la salida, sonó grave:

—No quiero engañarte, Olivia: tu abuelo necesita cuidados especiales. Pienso que sería conveniente trasladarle a una Unidad Coronaria. Su corazón se ha debilitado de un modo increíble.

Olivia, aun con pesadez en el cerebro, los ojos un poco hinchados, comprendía perfectamente; estaba, apenada, llorosa...

—Se hará lo que usted dicta, doctor Setton —musitó.

—Bien...

En aquel momento, el detective Honiss recibía una llamada por radio. Escuchó unos instantes, y cortó la comunicación. Miró a Olivia, y dijo:

—La pesadilla ha terminado, *miss* Tilling. Kenmore ha muerto.

Olivia respiró hondo.

Iba a decir algo pero, débilmente, llegó la voz del señor Tilling, que reposaba en su lecho, bajo la vigilancia constante del doctor Setton, quien había ya tomado sus decisiones.

—Olivia... Olivia...

—Me llama mi abuelo —murmuró la joven—. Iré a ver.

—Voy contigo —dijo el doctor Setton.

Penetraron ambos en el cuarto de Tilling, que estaba en el lecho, tan blanco como las sábanas, y una expresión de angustia en su mirada, velada, perdido todo el brillo. La respiración de Tilling era alarmante. Pero no dejó meter baza al doctor Setton, antes de que este dijera una palabra Tilling, con sus restos de firmeza, dijo:

—Quiero... quiero hablar a solas con Olivia. Por favor, déjenos solos, doctor.

—Debe saber, Tilling, que su estado...

—Lo sé mejor que usted, doctor —cortó Tilling—. Es... mi voluntad; quiero hablar a solas con ella.

El doctor Setton vaciló unos instantes. Miró a Tilling, a Olivia y, por fin, asintió con un movimiento de cabeza. No despegó los labios. ¿Para qué? ¿Para decir que la vida de Tilling se acortaba por minutos? Por tanto salió de la habitación, y cerró la puerta.

Tilling alargó una blanca, arrugada y temblorosa mano, y tomó una de Olivia.

—Siéntate, Olivia... —musitó.

—No hables demasiado, abuelo, no te beneficia.

—¿Qué importa ya? Hazte a la idea... Escucha... para mí no es fácil

explicarte esto... Es... el peor momento de mi vida. No obstante, quiero que lo sepas todo. No quiero engañarte; nunca lo he hecho. Te he ocultado cosas, muchas cosas, pero jamás te he engañado... Voy a morir, y... no sé, debe ser cuestión de conciencia... Quiero que sepas por qué ha ocurrido todo esto.

—Ese hombre estaba loco, abuelo; su venganza...

—Déjame hablar a mí, por favor.

—Él ya está muerto, abuelo. Así que...

—Aun así. Olivia... ¿qué opinas de mí?

—Buena pregunta —consiguió sonreír la joven—. Me preguntas, supongo, en qué concepto te tengo.

—Exacto.

—Eres un hombre maravilloso, abuelo. Un hombre grande. Un hombre siempre al servicio de los demás, de...

—Es suficiente. Olivia... eso es falso.

Olivia pestañeó.

Palideció, mirando a los ojos al señor Tilling.

—Creo que deliras, abuelo... —casi gimió.

—No. En absoluto. Sólo te pido la suficiente entereza para que me escuches.

—Pero...

—Y sin interrumpir. Quisiera... quisiera llegar al final de la explicación... —susurró el señor Tilling—. Promételo.

—No te interrumpiré.

—Gracias... Es cierto que Duryea quería vengarse de mí, pero no por lo que podáis imaginar vosotros, jóvenes y con buena fe. No, no... En absoluto. Duryea quería vengarse por motivos muy justos, muy humanos. Yo fui un perro con él, y con otros como él. Y fui un perro con todo el mundo... Olivia, tu promesa.

La joven, muy aturdida, había abierto la boca; acabó por no decir nada, pero miraba con los ojos muy abiertos a aquel anciano al que admiraba y quería de verdad.

—El retorno del gangsterismo. Sí, ocurrió. Por los años 1980 y siguientes... Toda clase de operaciones de contrabando, drogas, asesinatos, delitos como venta de blancas y negras, y amarillas si las había a mano. Fue una época de relajación de costumbres que llegó al caos... Yo, participé.

—Abuelo.

—Calla. Participé como policía, sí... Pero, escucha bien: solo fingiéndolo. Yo... yo era ambicioso, como todo el mundo, ¿comprendes? Los miles, los cientos de miles de dólares, estaban a mi alcance. Sólo tenía que cerrar los ojos y tender la mano... Y en esa mano que yo tendía, caían miles, cientos de miles... Un chorro interminable... La riqueza, la fortuna,

y del modo más cómodo.

—¡No lo creo! ¡Tú siempre has sido honesto, intachable...!

—No, no... No fui más que un policía sobornado, como tantos otros. Mentira lo de mis méritos y mi lucha contra el gangsterismo. ¡Mentira! Duryea era mi fuente de ingresos. Duryea me sobornaba con grandes cantidades. Duryea y yo éramos grandes amigos, y... y celebrábamos fiestas ocultas... Fue... una de esas fiestas, cuando conocí a la cantante que lanzó el disco, «La Canción del Retorno». Lo del retorno nos hacía gracia, nos parecía muy adecuado al retorno del gangsterismo... Y si me hizo gracia el disco, me... me enamoré de la cantante...

Olivia creía flotar entre espesas nubes, oscuras, viscosas... La terrible pesadilla la agarrataba.

—¿Comprendes, Olivia? Yo era peor que el *gangster* Duryea. Aceptaba su dinero, sus órdenes, frecuentaba su ambiente, me enlodé con... con gente baja, como esa mujer... la creadora de «La Canción del Retorno»...

Se detuvo, para recuperar un poco de aliento.

Olivia, con la cabeza, inclinada, lloraba.

Se estremecía de vez en cuando.

—Olivia... quiero que sepas algo más; tu padre es... es hijo mío y de aquella cantante... Aunque eso no significa nada, ¿comprendes? Verás: fue por causa de Jonathan por lo que decidí cortar con Duryea... Y entonces, le... le traicioné. Le vendí. Yo consideraba tener bastante dinero... Y quería que mi hijo fuese otra clase de hombre...

—Abuelo, no es necesario...

—Necesito decirlo, Olivia... No, no puedo morir con este peso en mi conciencia... Tampoco quiero que guardes un recuerdo equivocado de mí... No soy honorable, no soy más que un bicho, un cerdo. Déjame liberarme de ese peso...

—Pero me haces daño...

—No. Reflexiona, Olivia. Es un secreto entre tú y yo... Verás lo que hice: en ocasión de que Duryea debía recoger un fuerte contrabando diverso, yo le delaté. No solo le delaté, sino que con mi gente, con mis policías, buscando la patrulla más honesta en aquel mundo de corrupción, me lancé contra él como una fiera, dispuesto a exterminarle, dispuesto a arrastrar a Duryea, al hombre que podía hundirme... Le acosé como a un perro, pero... consiguió huir.

Olivia no tenía fuerzas para hablar.

Apenas para escuchar aquella revelación, que era una dolorosa sorpresa. Olivia tenía edificado en su mente un monumento, de pronto, se convertía en barro, y se deshacía, polvoriento, derruido, sin consistencia...

—Pese a mis esfuerzos —siguió Tilling—, no pude matar a Duryea. Había huido. Eso me asustó... Es lógico; si reaparecía, me hundía irremisiblemente. Fueron... unos tiempos malos para mí. Muy felicitado

por mis superiores, pero rabiando, en espera del golpe mortal de Duryea, de quien no sabía el paradero. No obstante, fueron pasando los años... fue llegando la tranquilidad, yo ascendí, olvidé mi participación en los hechos... Jonathan crecía en buen ambiente, pude justificar la posesión de mucho dinero... Y llegué a olvidarlo; es lógico, después de tantos años, lustros y lustros...

El anciano jadeaba.

Parecía tener algo que agregar.

—Cuando... oí «La Canción del Retorno» en mi ventana, creí volverme loco. La sorpresa... el miedo... la incompreensión... En principio, creí que era ella, Elizabeth, la cantante de la que me enamoré, la madre de Jonathan. Pero... eso era imposible... Todo era imposible...

Olivia entonces sí miraba al abuelo, con extraña expresión; no se atrevía a hacer una pregunta.

—Luego, reconocí la voz de Duryea... ¿Comprendes mi alteración? ¿Cómo era posible que volvieran, que retornaran? Jamás supe nada de Duryea en tantos años... Por tanto, confieso que el intento de venganza de Duryea es justo... Es justo, sí. Y... creo que no ha acabado en intento. Creo... creo que lo ha conseguido. Quería matarme de miedo, me lo dijo... Creo que lo ha conseguido...

—Abuelo, no digas eso...

—¿Por qué crees que está fallando mi corazón?

—Abuelo...

—Esta es, en síntesis, la historia de un policía sobornado, que ha de pagar sus culpas. Yo... no quería hablar de esto con la policía, por razones obvias. Tengo... un prestigio, ¿comprendes? No quería derribarlo en mis últimos años de vida, acumulando desprecio, y quizás algo peor... Por eso lo silenciaba... Pero, ¿cómo iba a sospechar que Duryea estaba hibernado, y que iba a volver para cantar «La Canción del Retorno»? ¿Cómo?

—No te excites...

—¿Qué importa ya? Creí que no volvería nunca. Y pensé que era Elizabeth, la cantante de la que me enamoré, la que...

—Abuelo... ¿Tampoco ella podía volver? Dime... ¿qué... qué pasó con aquella mujer, con Elizabeth, con la madre de tu hijo...?

El abuelo hacía esfuerzos para tragar saliva.

—¿No respondes? —inquirió Olivia.

—Ya es demasiado, Olivia...

—Abuelo... —casi sollozó Olivia—. ¿La... la mataste, acaso? ¿La...?

—Es suficiente...

—¿Lo hiciste? Por su origen, porque conocía tus relaciones con ese Duryea, por...

Abuelo. ¡Abuelo!

El señor Tilling miraba a Olivia con los ojos muy abiertos.

Por Un momento, parecía que iba a incorporarse del lecho, pero se derrumbó, quedó de espaldas, abiertos los ojos, con una mueca en su boca pálida.

—¡Abuelo! —casi gritó Olivia.

La joven, temblorosa, llena de espanto, se puso en pie.

Su cerebro era un caos.

¿Cómo asimilar todo aquello? ¿Cómo? De golpe, no podía... Era imposible que la confesión del señor Tilling fuese cierta.

Sin embargo... ¿Miente un moribundo? ¿Confiesa alguien que sabe que no puede seguir viviendo, solo mentiras?

Cierto... todo cierto... Un policía ambicioso, corrompido, sobornado, asesino... Olivia estalló de pronto, en irreprimidos sollozos.

Fue oída, claro.

El primero en llegar fue el doctor Setton, que intuía el desenlace del señor Tilling. El detective Honiss también apareció, pero quedó en un discreto segundo plano. Por lo demás, el doctor Setton no necesitó realizar la menor comprobación. Él sabía reconocer un cadáver...

Olivia lloraba aún, se ocultaba el rostro con las manos; para que no adivinaran su horror, para que no adivinaran la verdad... Ella tenía que guardar aquel secreto... Y cuando notó que el doctor Setton, con mucha suavidad, le rodeaba los estremecidos hombros, no ofreció la menor resistencia para salir de aquella habitación.

El doctor Setton la trasladó a la salita, donde la dejó sentada en un sillón.

—Lo siento, Olivia... —murmuró el doctor.

Ella no dijo nada.

No podía.

El detective Honiss y el doctor cambiaron una compungida mirada. El aspecto que ofrecía Olivia era en verdad patético. Parecía que había querido de verdad a su abuelo; de otro modo, no se explicaba aquella falta de serenidad, aquel llanto desbordado, que tenía muy incómodos a los dos hombres.

Habían transcurrido solo unos cinco minutos, cuando llegó el sargento Foundry. Se le comunicó la noticia, y meneó la cabeza.

Dijo:

—Nunca sabremos la verdad de lo ocurrido... de ese absurdo ataque de Kenmore contra el señor Tilling... ¿O dijo algo antes de morir?

Honiss y el doctor miraron a Olivia.

Ella no despegaba los labios.

—¿Miss Tilling? —inquirió, con suavidad, el sargento.

—No... Es decir, me habló, sí, pero... solo con respecto a... a disposiciones legales, a la herencia... A cosas que en realidad no me interesaban... Cosas que yo ya sabía, incluso... —musitó, mintiendo tan

bien que incluso se sintió asombrada.

—Entiendo. Entonces, me despido de ustedes —dijo el sargento—. Regreso a Oneonta con el cadáver de Kenmore. Espero que no ocurra nada más, *miss* Tilling, pero cuente con mi colaboración profesional y personal, si me necesita.

—Muy amable, sargento, lo tendré en cuenta.

—¿Vamos, Honiss?

—Sí.

No dijeron nada más.

La pena de *miss* Tilling parecía demasiado profunda, para molestarla más.

Se fueron, dejando a Olivia con el doctor Setton.

—Yo mismo telefonaré para que retiren el cadáver, Olivia. Dispondrás lo necesario para la incineración, y...

—Sí, doctor, no se preocupe.

—Eso, si te sientes fuerte. De lo contrario, me ocuparía yo, con mucho gusto. Y... Olivia, quedas sola ahora... En cuanto pueda serte útil, no vaciles en acudir a mí. Espero que la amistad prosiga.

—Gracias, doctor... Le necesitaré...

* * *

Era Patricia la que caminaba por el corredor, con aquella dama joven y hermosa a su lado.

Poco después, estaban frente al despacho de la doctora Wolcott. Patricia se limitó a introducir a la visitante en el despacho, y desapareció; tenía sus ocupaciones.

En el despacho, la doctora Wolcott, con semblante grave, con una chispa de dolor en sus ojos, miraba a aquella joven, que, por su gesto, presentía el cariz de la noticia.

—Siéntese, *miss* Tilling, por favor —dijo la doctora.

Olivia, silenciosa, un poco tímidamente, sin dejar de mirar a la doctora Wolcott, tomó asiento.

—Me ha hecho venir de New York, doctora —musitó por fin, Olivia. —Sí, así es...

—¿Malas... noticias? —inquirió Olivia.

La doctora Wolcott respiró hondo.

—Todo lo que yo pueda decir, *miss* Tilling, va a sonar a excusas —murmuró luego—. Por tanto, me limitaré a decir que hemos fracasado... Lo lamento profundamente...

Había amargura en el tono de Magnolia Wolcott.

—Entonces... ¿mi padre no...?

Magnolia negó con unos movimientos de cabeza.

Olivia inclinó la cabeza.

Parecía que no podía reaccionar.

Por fin, la doctora Wolcott abordó el asunto legal, y dijo:

—Como usted sabe, *miss* Tilling, en la administración del «Centro» existe un depósito de dinero... La administración practicará una liquidación, especificando los gastos, y el resto le será reintegrado... Esa liquidación será revisada por usted...

—No se tome molestias, no se preocupe —musitó Olivia.

—Es el procedimiento legal, *miss* Tilling.

—Bien, comprendo. Pueden enviarme a casa esa liquidación, e ingresen el resto del depósito en una de las cuentas que tienen indicadas en el expediente.

—Gracias... Debería firmar un documento relativo a...

—Sí, sí, lo que sea.

La doctora Wolcott hizo firmar un papel a Olivia. Esta ni lo leyó. Parecía un poco estropeada, desde la última vez que la había visto la doctora Wolcott. Terminado el asunto legal, la doctora, mirando a Olivia a los ojos, dijo:

—Quiero darle las gracias, *miss* Tilling. En... algún otro fracaso, la gente no ha reaccionado como usted, con... esa serenidad, con esa dignidad...

—Supongo que ustedes han hecho lo posible.

—Sí, eso es cierto...

Olivia se puso en pie.

—¿Algo más, doctora Wolcott?

—No.

—Regreso a New York, entonces.

Y se fue.

La doctora Wolcott, un poco perpleja, pensó que se equivocaba, pero... era raro, muy raro; había llegado a sospechar que Olivia Tilling incluso... se alegraba un poco de lo ocurrido. O, al menos, sentía cierto alivio.

La doctora Wolcott pensó que estaba equivocada.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



**APASIONANTES
TEMAS
PARA EL MUNDO
DE HOY**



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 35 PTS.